



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

El gas hidrógeno que se produce en aquellas condiciones es debido á la descomposición lenta, pero permanente, del petróleo, mezclado con diversas sustancias. Las paredes de rocas donde se encierra acaban por romperse bajo la acción de las aguas, aguas de lluvia ó aguas de manantiales, en las que las infiltraciones son continuas. Entónces, el derrame se efectúa, como se dijo anteriormente, lo mismo que una botella llena de un líquido espumoso que la elasticidad del gas vacía completamente.

Aquellos conos se ven en gran número en la superficie de la península de Taman. Se les encuentra también en los terrenos, muy parecidos á éstos, de la península de Kertsch, pero no cerca del camino seguido por el carruaje, lo que explica por qué los viajeros no se apercibieron de nada.

Sin embargo, pasaban entónces entre aquellas gruesas lapias, empuñachadas de vapores, en medio de aquellos impetuosos saltos de lodo líquido, cuya na-

turalidad explicó bien ó mal el postillon. Estaban tan próximos, que recibían en la cara aquellos soplos de gases, de un olor característico, como si se escapasen del gasómetro de una fábrica.

— ¡ Ah! — dijo Van Mitten reconociendo la presencia del gas; — hé aquí un camino que no se halla falto de peligros.

¡ Cuidado con que se produzca alguna explosión!

— Teneis razon — respondió Ahmet. — Seria necesario, por precaucion, apagar.....

La observacion que hacia Ahmet, el postillon, acostumbrado á atravesar aquella region, tambien se la habia hecho á si propio, sin duda porque las linternas del carruaje se apagaron de pronto.

— ¡ Cuidado con fumar! — dijo Ahmet dirigiéndose á Bruno y á Nizib.

— Estad tranquilo, señor Ahmet — respondió Bruno. — No tenemos ganas de volar.

—¿Cómo?—exclamó Keraban.—¿Con que no se permite fumar aquí?

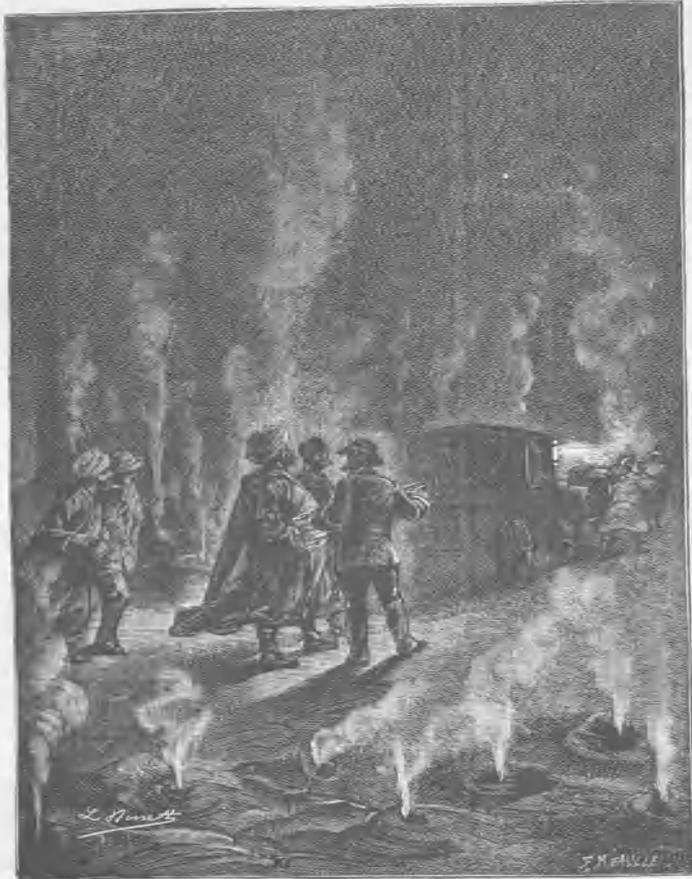
—No, tío—respondió vivamente Ahmet—no.... durante algunas verstas al ménos.

—¿Ni un cigarrillo?—añadió el testarudo, que arrollaba entre sus dedos un cigarrillo con la agilidad de un viejo fumador.

—Más tarde, amigo Keraban, más tarde.... en in-

teres de todos—dijo Van Mitten.—Sería tan peligroso fumar aquí, en esta estepa, como en medio de un polvorin.

—Bonito país—murmuró Keraban.—Me extrañaría mucho que los negociantes en tabacos hicieran fortuna aquí. ¡Vamos, sobrino Ahmet, aparte de algunos días de retraso, mejor hubiese sido dar la vuelta al mar de Azof!



Todos se hicieron pié á tierra marchando detras del carruaje.

Ahmet no respondía. No quería comenzar una discusión sobre aquel punto. Su tío, algo incomodado, guardó el tabaco en su bolsillo, y continuaron siguiendo al carruaje, cuya masa informe se dibujaba apenas en medio de aquella profunda oscuridad.

Importaba, por lo tanto, marchar con la mayor precaución, con el fin de evitar las caídas. El camino, mojado por algunos sitios, no era seguro para pisar, y se inclinaba ligeramente hacia el Este. Felizmente, á través de aquella atmósfera brumosa no había ni un soplo de viento. De aquella manera los vapores subían y se perdían en línea recta en el espacio, en

lugar de envolver á los viajeros, lo que les hubiese molestado en extremo.

Continuaron así por espacio de media hora, andando muy despacio. Los caballos relinchaban y se encabritaban. El postillon hacía esfuerzos para detenerlos. Los ejes del carruaje crujían cuando las ruedas se deslizaban por alguna desigualdad del camino; pero era sólido, según lo había probado en los pantanos del Bajo Danubio.

Un cuarto de hora más, y la region de los conos de erupción se habría franqueado.

De repente, una viva luz se produjo al lado del

cho del camino. Uno de los conos acababa de encenderse, y proyectaba una llama intensa. La estepa se iluminó en una versta á la redonda.

— ¡Alguien fuma! — exclamó Ahmet que marchaba algo delante de sus compañeros, y retrocedió precipitadamente.

Nadie fumaba.

De pronto se oyeron los gritos y los chasquidos del

látigo del postillon. No podia dominar á los caballos, éstos, espantados, se desbocaron y arrastraron al carruaje en su carrera con extrema velocidad.

Todos se habian detenido. La estepa presentaba en medio de aquella noche sombría un aspecto terrible.

En efecto, las llamas que salian por el cono acababan de comunicarse á los conos vecinos. Explotaban el uno despues del otro, estallando con violencia,



¡Adelante, adelante! — exclamaba Ahmet.

como un árbol de pólvora cuyos fuegos se cruzan.

Sin embargo, una inmensa hoguera alumbraba la pradera. Bajo aquel resplandor aparecían centenares de gruesas venas en ignición, cuyo gas estallaba en medio de las deyecciones de las materias líquidas, las unas con el resplandor siniestro del petróleo, las otras con diversos colores, según la presencia del azufre blanco, pirita ó carbonato de hierro.

Al mismo tiempo, ruidos sordos corrían, haciendo temblar el suelo.

La tierra iba á entreabrirse, convirtiéndose en un

cráter bajo la fuerza impulsiva de las materias eruptivas.

Allí existía un peligro inminente. Instintivamente, el señor Keraban y sus compañeros se habian separado los unos de los otros, con el fin de evitar un hundimiento general. No era, sin embargo, conveniente detenerse. Era necesario marchar deprisa. Importaba mucho atravesar lo más pronto posible aquella peligrosa zona. El camino, bien alumbrado, parecía impracticable. Siempre rodeando á aquellos conos, atravesaba aquella estepa de fuego.

— ¡Adelante, adelante! — exclamaba Ahmet.

Nadie le respondía, pero todos obedecían. Se orientaron siguiendo la dirección del carruaje, que no podía apercibirse. En el horizonte parecía que se volvía á formar la oscuridad en aquella parte de la estepa.... Allí estaba el límite de aquella región de los conos, que era necesario traspasar.

De repente, una viva explosión estalló en el mis-

mo camino. Un estampido, seguido de una lengua de fuego, había salido de una enorme lupia, que acababa de dilatar el suelo por un instante.

Keraban cayó al suelo, y pudo apercibirse moviéndose entre las llamas. ¿Qué sería de él si no se socorria? De un salto, Ahmet se precipitó á socorrer á su tío. Le cogió, antes de que los gases inflamados no ejerciesen sobre él su pernicioso acción, y le arre-



Ahmet se precipitó á socorrer á su tío.

tró, medio sofocado por las emanaciones del hidrógeno.

— ¡Tío.... tío!.... — exclamaba Ahmet.

Y Van Mitten, Bruno y Nizib, después de haberle colocado al borde de un escarpado, probaron á insuflarle algo de aire en los pulmones.

Al cabo, un ¡brun, brun! vigoroso y de buen augurio se oyó. El robusto pecho de Keraban comenzó á dilatarse y comprimirse por precipitados intervalos, arrojando los gases deletéreos que había absorbido. Después respiró largo rato, volvió por completo en sí, y sus primeras palabras fueron éstas :

— ¿Osarás todavía sostener, Ahmet, que no hubiera sido mejor dar la vuelta al mar de Azof?

— ¡Teneis razon, tío!

— ¡Como siempre, sobrino, como siempre!

Apénas había terminado esta frase el señor Keraban, cuando una profunda oscuridad reemplazó á aquella luz que iluminaba toda la estepa.

Los conos se habían súbita y espontáneamente apagado. Se hubiese dicho que la mano de un maquinista acababa de cerrar el contador de un teatro. Todo se volvió negro, y aun con más razon, puesto que los ojos conservaban todavía en la retina la impresion de

aquella violenta luz, cuyo origen se había terminado instantáneamente.

¿Qué había sucedido? ¿Por qué aquellos conos se habían incendiado, puesto que ninguna luz se había aproximado á su cráter?

Hé aquí la probable explicación: bajo la influencia de un gas que estalla al contacto del aire, se había producido un fenómeno idéntico al que incendió los alrededores de Taman en 1840. Aquel gas, que es el hidrógeno fosforado, debido á la presencia de productos fosforados, que provienen de cadáveres de animales marinos retirados en aquellos lechos margosos, se inflama y comunica el fuego al hidrógeno carbonado, que no es otro que el del alumbrado. Así, pues, en cualquier instante, bajo la influencia tal vez de ciertas condiciones climatéricas, estos fenómenos de ignición espontánea pueden producirse sin que nadie los prevenga.

Bajo aquel punto de vista, los caminos de la península de Kertsch y de Taman presentan peligros inminentes, los cuales son difíciles de evitar, puesto que son repentinos.

El señor Keraban tenía razón cuando decía que cualquier otro camino hubiese sido preferible al que las intenciones de Ahmet lo habían hecho seguir.

Pero, en fin, todos habían escapado del peligro; el tío y el sobrino, un poco chamuscados, sin duda, y los compañeros sin la menor quemadura.

Á tres verstas de allí, el postillon había podido detener á los caballos. Así es que, terminadas las llamas, había encendido los faroles del carruaje, y guiados por aquella luz, los viajeros pudieron alcanzarle sin peligro, mas no sin fatigas.

Cada uno se colocó en su sitio. Volvieron á marchar, y la noche se pasó tranquilamente. Pero Van Mitten debía conservar un conmovedor recuerdo de aquel espectáculo.

Jamás se hubiera maravillado tanto, si los azares de su vida le condujesen á aquellas regiones de la Nueva-Zelanda, en el momento en que se inflaman los manantiales estacionados sobre el anfiteatro de aquellas eruptivas colinas.

Á la mañana siguiente, 6 de Setiembre, á diez y ocho leguas de la bahía de Taman, el carruaje, después de haber rodeado la bahía de Kisiltarch, atravesaba el pueblo de Anapa; y por la noche, hacía las veces de un pueblo de Kajewskaja, en el límite de la región caucásica.

XVI.

DESDE SE TRATÓ DE LA EXCELENCIA DE LOS TABACOS DE PERSIA Y DEL ASIA MENOR.

El Cáucaso y aquella parte de la Rusia meridional, formada de elevadas montañas y de llanos inmensos, cuyo sistema orográfico se dibuja del Oeste al Este, con una longitud de trescientos á quinientos kilómetros: al Norte se extienden los países de los cosacos del Don, el gobierno de Stavropol, con las estepas de los kalmouks y de los nogais nómadas; al Sur, los gobiernos de Tiflis, capital de la Georgia; de Koutais, Bakou, Elisabethpol, Erivan; después las pro-

vincias de Mingrelia, Imeretria, Abkasia, Georiel. Al Oeste del Cáucaso, está el mar Negro; al Este, el mar Caspio.

Toda la comarca, situada al Sur de la principal cadena del Cáucaso, se denominaba la Transcaucasia, y no hay más fronteras que las de la Turquía y la Persia, en el punto de unión del monte de Arabat, donde, siguiendo la Biblia, el arca de Noé vino á atracar después del diluvio. Son numerosas las diversas tribus que habitan ó recorren aquella importante region. Pertenecen á las razas kartvel, armenia, tscherkessa, tschetschena, lasghienne. En el Norte hay kalmouks, nogais, tártaros de raza mongólica; en el Sur se encuentran tártaros de raza turca, kurdos y cosacos.

Si hay que creer á los sabios más competentes en semejante materia, de aquella comarca medio europea, medio asiática, es de donde ha salido la raza blanca que puebla hoy el Asia y Europa. Por eso la han dado el nombre de raza caucásica.

Tres hermosos caminos rusos atraviesan aquella enorme barrera que dominan las cimas del Chat-Elbrouz á cuatro mil metros, del Kazbek á cuatro mil ochocientos (altura del monte Blanco), y del Elbrouz á cinco mil seiscientos metros.

El primero de aquellos caminos, de doble importancia estratégica y comercial, va de Taman á Poti, lo largo del litoral del mar Negro; el segundo, de Mosdok á Tiflis, pasando por la garganta del Darial, y el tercero, de Kizlar á Bakou, por Derhend.

Es necesario no olvidar que de estos tres caminos, el señor Keraban, de acuerdo con su sobrino Ahmet, debía tomar el primero. ¿Para qué aventurarse en el dédalo del grupo caucásico, exponiéndose á dificultades y tardanzas? Un camino se extiende hasta el puerto de Poti, y ni pueblos ni aldeas faltan en el litoral del mar Negro.

Existía el railway de Kostow á Vladí-Cáucaso, después el de Tiflis á Poti, que habiéndose sido posible utilizar sucesivamente, pues que una distancia de cien verstas apenas separa las dos líneas; pero Ahmet oyó asustadamente el proponer aquel medio de locomoción, al que su tío había hecho tan mal acogida cuando se trató de los caminos de hierro de la Taurida y el Quersoneso.

Todo estaba bien convenido; el carruaje, la indestructible carroza, á la que solamente se hizo algunas reparaciones poco importantes, abandonó el pueblo de Kajewskaja por la mañana del 7 de Setiembre, y se dirigió por el camino del litoral. Ahmet estaba resuelto á marchar con la mayor rapidez posible. Veinticuatro días les quedaban todavía para acabar su itinerario y llegar á Sentari en el fijado plazo. En aquel punto, su tío estaba conforme con él. Sin duda que Van Mitten hubiese preferido viajar á su gusto, recoger impresiones más duraderas, y no verse en la necesidad de llegar en un día dado; pero no se le consultaba. No era otra cosa sino un convidado á comer en casa de su amigo Keraban, á cuyo efecto se le conducía á Sentari; ¿qué más podía pedir?

(Se continuará.)

EL TIGRE BLANCO.

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR

LUIS BOUSSENARD.

Robin no terminó la frase, pues quedó como petrificado á la vista de un hombre armado de un machete, vestido con el lúgubre traje del presidio y que se levantó bruscamente, pronunciando estas palabras:

—¡Hola! ¿Sois vos, Robin? Que me lleve el diablo si esperaba encontraros aquí....

Robin, sobrecogido por aquella inesperada aparición, no pudo responder. El aspecto de su antiguo compañero de presidio evocó súbitamente en su espíritu un mundo de recuerdos tristes.

De una sola ojeada vió el establecimiento penitenciario y sus horrores: el consejo de guerra, la cadena doble, el regreso al cuartel. No se le ocurrió pensar si aquel hombre sería un fugado como él.

El forzado no estaba, no podía estar solo. Quizás á dos pasos de allí, entre las maderas, estaría la falange de los malditos con su escolta de vigilantes.

¿Serían perdidos tantos sufrimientos? ¿Habría que decir «adiós» á aquella libertad apenas entrevista? Una fiebre extraña y terrible invadió al ingeniero. Un rápido pensamiento de muerte cruzó por su cerebro. ¿Qué le importaba aquel bandido cuya llegada constituía para él el mayor daño?

Se avergonzó de aquel movimiento inconsciente, y en un instante se hizo dueño de sí mismo.

El otro no pareció notar aquella turbación ni asombrarse por su silencio, y dijo:

—¡Ah! sí, ya comprendo, no os gusta hablar. Es igual; yo me alegro mucho de veros.

—¿Sois Gondet?—repuso al fin con algún esfuerzo.

—El mismo Gondet en carne y hueso, sobre todo en hueso. El régimen no ha mejorado desde vuestra marcha, y con la temperatura y el trabajo no puedo uno engordar.

—Pero ¿qué hacéis aquí?....

—Á otro que no fuerais vos lo diría que era muy curioso y que no le importaba; pero vos tenéis derecho á saberlo todo. Me dolíais á buscar madera.

—¿Á buscar madera?

—Sí. Ya sabéis que de cada brigada destaca la Administración un hombre que conozca bien el bosque y la clase de las maderas. Sale marchando á la aventura, descubre los individuos más notables, los mar-

ca, y algun tiempo despues los pensionistas del Estado los explotan por cuenta de su patron.

—Sí.

—Antes de hallarme en el trabajo, fui ebanista y me han confiado este encargo con un plus de cuarenta céntimos diarios. Hé aquí por qué caigo sobre vos como una corneja á caza de nueces.

—Pero ¿sabéis que estais de buen año? Cómo se conoce que vivis de vuestras rentas. Y los demas ¿dónde están?

—¡Oh! Se encuentran á más de tres jornadas de aquí. Podeis estar tranquilo por ahora.

—¿Es decir que no os habeis fugado?

—No he sido tan necio. No me faltan más que seis meses; despues quedaré en libertad provisional, pero residiendo forzosamente en San Lorenzo y en visperas de ser concesionario.

—¡Ah! ¿No os habeis fugado?

—Ya os he dicho que no. Parece que esto os contraria. Habierais preferido, para estar bien seguro de mí, que no volviera allá. Estad tranquilo. Aunque valemos poco tenemos buenas ideas. Un presidiario no ha delatado nunca á ningun colega fugado.

Robin no pudo disimular un movimiento de disgusto.

—¡Oh!—dijo el otro, que lo notó;—no he dicho colega para qué os enfadéis.... Si quereis saber la verdad, todos se han alegrado por vuestra evasión. ¡Y Benedicto! Los sotacomitres le llevaron completamente destrozado. Pero tan duro el pellejo, que le salvó donde otro se dejaría hasta los huesos. Sois un valiente. Aunque no seais de los nuestros, sin embargo, os apreciamos.

—¿Y piensan en perseguirme?—preguntó Robin un tanto contrariado al tener que pedir informes á aquel hombre.

—Nadie más que Benedicto.... Sois su pesadilla. Se pasa el día blasfemando hasta el punto de que las hermanas de la caridad del hospital no saben lo que hacen. Estoy seguro de que en cuanto pueda tenerse en pié procurará atraparos. No sois niño, y creo que para entonces ya estaréis muy lejos. Por otra parte, muchos piensan que habeis muerto.

El buscador de madera, locuaz como todos los presidiarios cuando encuentran ocasion de hablar con

otras personas distintas de sus compañeros, no daba paz á la lengua.

—¿Sabéis que no ha sido gran fortuna encontrar á este viejo negro que os acompaña? Es tan feo que daría miedo al mismo demonio. Pero, sin duda, debe prestaros grandes servicios. ¿Como había yo de pensar, al ver esta mañana al tumba por el suelo, que eráis vos quien le había derribado! Se puede sacar de él una soberbia piragua. Se me ocurre una idea, y os aseguro que es excelente. Estoy aquí por cuenta de la Administración, tengo una buena lacha; ¿queréis que os ayude?

—No—dijo casi brutalmente el proscrito, que no quería semejante auxiliar.

El forzado debió comprender la causa de aquella negativa y sintió todo su alcance. Se estroñeció y su rostro macilento se contrajo dolorosamente.

—¡Ah! Tenéis razón—dijo con voz triste.—Nosotros no podemos dar nada á las gentes honradas. Es muy duro haber «faltado.» No hay rehabilitación posible. Ya lo sé. Procedo de buena familia. He recibido alguna educación, pues mi padre era uno de los primeros ebanistas de Lyon. Por desgracia, le perdí á los seis años, hice malas amistades y me entregué á los placeres. Todavía recuerdo que me decía mi madre: «Hijo mío, he sabido que algunos jóvenes de la ciudad promovieron anoche un alboroto y fueron detenidos. Si te ocurriese á ti esa desgracia me moriría de tristeza.» ¡Dos años después hice una falsificación, y me condenaron á cinco años de trabajos forzados. Mi madre estuvo dos meses entre la vida y la muerte, y por último, se volvió loca. Ya tiene canas, y es contar más que enarenta y cinco años, parecía sexagenaria cuando salí de mi país. Desde que estoy en presidio no he robado nunca. No soy mejor ni peor que los demás, pero soy condenado. Al hablar de esto no puedo menos de llorar.... ¡Á vos, señor, os ha ennoblecido el presidio; á mí me ha rebajado!...

Conmovido Robín á pesar suyo, acercóse á él, y para borrar aquella triste escena ofreció al hombre la mitad de su comida.

—Debería rechazar vuestra oferta—dijo—pero no tengo derecho á ser orgulloso, y acepto. Sois siempre el mismo.... no es la primera vez que recibí vuestros beneficios.

—¿Cómo?—preguntó Robín sorprendido.

—¡Oh! ¡perdió, es muy sencillo. Un día que estaba á punto de ahogarme en el Maroni, arrastrado por la corriente, me librateis del peligro, y no vacilasteis en sacrificar vuestra vida por conservar la existencia miserable de un forzado. Hé ahí por qué hago votos para que vuestra empresa obtenga buen éxito.

—Sí, me acuerdo de eso—dijo el proscrito—y creed que agradezco los sentimientos que me manifestáis.

—¡Ah! ¡Dios mío! Olvidaba lo principal. ¡La carta!

—¿Qué carta?

—Unos quince días después de vuestra huida llegó para vos una carta de Francia. Como es natural se entregó la Administración de su contenido, confere-

ciaron los jefes acerca de ella y sus opiniones fueron conocidas por el criado que les sirve, un transportado. Se dijo que tenías amigos, los cuales daban pasos para alcanzar vuestro indulto; que las gestiones no adelantaban y que si firmaseis una solicitud podríais obtener vuestro perdón.

—¡Jamás!—interrumpió Robín, cuyas mejillas enrojecieron.—Y sin embargo, ¿tengo derecho á privar á mi familia del apoyo y del afecto de su jefe? ¿Debo deshonrarle para asegurar mejor su subsistencia. ¿Además, ya es demasiado tarde!

—Eso mismo decían los jefes; «ya es demasiado tarde.» Y añadían que si no conseguís el indulto, se pensaría en haceros concesionario con facultad para traer vuestra familia.

—¡Hem! ¿qué decís?... ¡Concesionario! ¡Mi mujer y mis hijos aquí!.... ¿En este infierno?

—Pardiez, ese sería el mejor medio de volver á verlos. Eso no son más que habladurías. Lo que es preciso conocer es el contenido de la carta.

—¡Oh! ¡Esa carta!.... Maldita sea mi loca precipitación. ¿Qué no pueda volver allá y pagar con todos los suplicios un instante de felicidad!

—Oid dos palabras, será breve. Tengo una idea, una gran idea. Aquí soy casi libre y como me falta poco tiempo para cumplir nadie desconfía de mí. Volveré al desmonte, fingiré que tengo fiebre, me llevarán á Sparvino ó á San Lorenzo, entraré en el hospital y procuraré averiguar lo que haya en el asunto. Cuando esté al corriente de todo me curo como por encanto, regreso al desmonte, vengo aquí y os cuento lo que sepa. ¿Qué os parece? Tengo una deuda con vos y necesito pagarla con creces.

Robín permanecía silencioso. Su espíritu era teatro de una terrible lacha, y no podía vencer la repugnancia que experimentaba utilizando semejante mensajero para tan sagrado asunto.

El forzado le miraba con aspecto suplicante.

—Os lo ruego. Dejadme ejecutar una buena acción. En nombre de mi pobre madre, la buena y santa mujer que acaso me perdone.... En nombre de vuestros tiernos hijos.... que están sin padre.... allá.... en una gran capital.

—¡Oh! Sí; ¡Marchad!

—Gracias, señor, gracias.... Una palabra: aquí tengo un cuadernito en el que trazo mi ruta y anoto los árboles. Me pertenecen.... legalmente. Le he pagado. Todavía conserva algunas páginas en blanco. Si me atreviese os rogaria que escribierais en ellas algunas líneas para enviarlas á Francia. Un buque holandés, cargado de madera, está al ancla en la rancharía Koepler, y no tardará en zarpar con rumbo á Europa. Yo me encargó de que vuestra carta llegue á bordo y no faltará un buen corazón que se encargue de entregarla á vuestra familia, sobre todo cuando se sepa que sois un político. Aceptáis, ¿no es cierto?

—Sí, dadme—murmuró Robín.

Acto continuo cubrió de líneas finas y apretadas dos hojas del cuaderno, pasó la dirección y se las dió al forzado.

—¡Ahora—dijo éste—me voy. Esta noche tendré fiebre. Ocultaos bien; ¡basta la vista!

— ¡Hasta la vista y ojalá que podais realizar vuestro plan!

El deportado no tardó en desaparecer entre los espesos bejucos.

El anciano Casimiro había guardado silencio durante aquella escena en parte ininteligible para él y quedó estupefacto al observar la trasfiguración que se había verificado en el pastor de su amigo.

Robin estaba desconocido; sus ojos brillaban con inusitado fuego y su pálida faz tornóse roja. A su habitual mudex sucedió una locuacidad increíble. Hablaba.... y hablaba con volubilidad refiriendo á su asombrado compañero sus trabajos, sus luchas, sus esperanzas y sus decepciones.

Explicó la diferencia existente entre un criminal común y un condenado político y pudo hacer apreciar á su amigo el profundo abismo que les separaba.

El buen hombre comprendió con mucho trabajo el implacable rigor del castigo, relativamente á la naturaleza del delito.

— Ahora — dijo al terminar — cuando estoy casi tranquilo respecto de la suerte de mis queridos amigos, me quena las manos el miengo de la azuela. ¡Manos á la obra, Casimiro, manos á la obra. Vacíemos este tronco sin tregua ni descanso. Completemos la obra de la libertad y que esta canoa nos lleve lo más pronto posible lejos, muy lejos de estos malditos lugares.

— Está bien — dijo el negro.

Y se entregaron á su faena con febril actividad.

Cuarenta días antes de la evasión de Robin tenía lugar en París, calle Saint Jacques, una escena conmovedora que relatarémos brevemente. Era el primero de Enero. Reinaba uno de esos fríos duros, aumentados por el viento del Norte, cuyo hálito glacial convertía á la gran ciudad en un verdadero rincón de Siberia.

Una mujer vestida de luto, pálida, con los ojos enrojecidos por el frío y quizás por las lágrimas, subía lentamente la sucia escalera de una de esas enormes casas que aún se encuentran hoy en ciertas partes del antiguo París. Verdaderos cuarteles con innumerables escondijos al abrigo de las más modestas fortunas y donde se albergan, mal ó bien, legiones enteras de infelices.

Aquella mujer tenía un aspecto distinguido, á pesar de sus pobres vestidos de viuda cuyo ascó revelaba constantes cuidados y una miseria valerosamente soportada.

Cuando llegó al sexto piso, se detuvo un instante para recobrar el aliento, sacó una llave del bolsillo y la introdujo muy despacio en la cerradura. Al débil ruido de las guardas, respondió un concierto de voces infantiles.

— ¡ Es mamá ! ¡ Aquí está mamá !

Se abrió la puerta y cuatro niños, el mayor de diez años y el más pequeño de tres, se arrojaron sobre la recién venida cubriéndola de besos y de abrazos.

Ella besó también á todos, de una manera nerviosa, con esos movimientos de ternura febril y apasionada que tanto participan de la alegría como del dolor.

— Vamos, queridos míos, ¿ habéis sido buenos ?

— Ya lo creo, mamá — respondió el mayor, como un hotabrecito — y la prueba es que Carlos ha obtenido la cruz de buena conducta.

— ¡ La cruz !... Mamá — dijo adelantándose con la gravedad de sus tres años — el más jóven, un niño encantador que mostraba con su mano buena de los yucos la cruz colgada con una cinta roja de su traje de lana gris.

— Bien, hijos míos, muy bien — repuso la señora volviendo á abrazarles.

En aquel momento descubrió en el fondo de la habitación á un tozo como de veintidos años, vestido con una blusa de moletón negro y que daba vueltas entre sus manos á su sombrero de fieltro.

— Sois vos, buen Nicolás ; buenas noches, amigo mío — dijo ella con acento afectuoso.

— Sí, señora, he salido temprano del taller á fin de felicitaros y á los niños.... y al amo.... al señor.... Robin.

La mujer se estremeció. Su hermoso rostro, demacrado por el sufrimiento tornóse aun más pálido, se volvieron sus ojos hacia un retrato cuyo marco dorado contrastaba singularmente con las desordas paredes de la bohardilla y algunos muebles desparrramados, últimos restos de un antiguo bienestar.

Un ramito de pensamientos, flor muy rara en aquella época del año, estaba colocado en un vaso de agua delante de aquel lienzo que representaba á un hombre en la fuerza de su edad, de fino bigote negro, de ojos inteligentes y de rostro lleno de energía y de distinción.

Al ver aquella sencilla ofrenda hecha por el obrero parisiense al que fué su bienhechor, al ver aquel testimonio de exquisita delicadeza amañado del corazón de un humilde artesano, se llenaron de lágrimas sus ojos y un sollozo mal contenido desgarró su garganta.

Los niños, de pié delante del retrato de su padre, lloraban silenciosamente al ver llorar á su madre. El dolor en la primera edad se manifiesta de una manera ruidosa. Aquel silencioso llanto de los pequeños era conmovedor por todo extremo.

Se conocía que estaban acostumbrados al pesar como los de su edad están acostumbrados al placer.

Era el día de Año Nuevo. Los opulentos almaccos y las más humildes tiendas de juguetes habían sido saqueadas. En París reinaba la alegría y por todas partes se oían estrepitosas carcajadas. Solamente lloraban los hijos del proscrito.

Mas no pedían juguetes. Hacía mucho tiempo que estaban privados de aquella dicha de la primera edad y sabían pasarse sin ella. ¿ Qué alegrías puede haber para el hijo del desterrado ? ¿ Qué les importaba aquel año que acababa de pasar triste y desesperado, ni el que comenzaba sin esperanza alguna ?

La madre enjugó sus lágrimas, alargó la mano al obrero y le dijo:

— ¡ Gracias, gracias, á su nombre y en el mío !

— ¿ Hay noticias, señora ?

— Ninguna. Nuestros recursos se agotan, mi trabajo es insuficiente. Ese jóven inglesa á la que doy

lecciones de francés está enferma, y se marcha á un departamento del Mediodía. Pronto nos veremos reducidos al producto de mis bordados, pero mis ojos se fatigan.

— ¡Ah! señora, olvidáis mi trabajo. Yo velaré, y además el invierno no dura siempre.

— No, mi buen Nicolás, no olvidé nada, ni vuestra bondad, ni vuestra abnegacion, ni el cariño que manifestáis á mis queridos hijos, pero no puedo aceptar.

— ¡Oh! eso sería lo ménos. El año me educó cuando mi padre quedó muerto por la explosion de la má-



Se volvieron sus ojos hácia un retrato.

quina. ¿Quién dió pan á mi madre enferma? Y si la pobre ha podido morir tranquila, ¿no os deba gratitud á vos y á él? Ya lo veis, señora, soy de la familia.

— ¿Y por eso queréis mataros trabajando cuando apenas tenéis para vivir?

— Siempre se puede vivir cuando se tiene salud y deseos de trabajar. Ya veis, soy maquinista ajustador y con algunas horas de vela, tendré un jornal de contra maestro....

— ¡Qué queréis darnos privándoos de lo necesario!....

— Pero como soy de la familia....

— Si, hijo mío, lo sois.... y sin embargo, me niego á aceptar. Ya veremos más tarde.... si la miseria fuese muy grande, si alguno de mis hijos cayera enfermo ó si el hambre.... ¡Oh! Sería espantoso. Creed que agradezco tanto vuestro ofrecimiento como si lo aceptase.

— Y ¿qué....? no se ha pensado que vuelva de allá?

Han llegado muchos de Belle-Ile y de Lambessa.

— Han solicitado indulto..... Mi marido no pedirá nada á los que le han condenado. Jamás desmentirá la conducta que ha sido siempre la de un hombre de honor.

El obrero bajó la cabeza sin contestar.

— Por lo demás — continuó Mme. Robin con voz abogada — voy á escribirle, ó por mejor decir, vamos á escribir la tercera carta del día de Año Nuevo..... ¿No es verdad, hijos míos?

— ¡Oh! sí, mamá — dijeron los mayores mientras que Carlitos, sentado gravemente en un rincón, se afanaba sobre una hoja de papel que alargó á su madre con ademán satisfecho:

— ¡Aquí está mi carta..... para papá!

La esposa del proscrito, que sabía por cuáles manos había de pasar la carta antes de llegar á su marido y no ignorando las mutilaciones que sufrían las dirigidas á los condenados políticos, escribió brevemente á fin de tranquilizar á Robin acerca del estado de su familia, evitando con cuidado cualquier comentario que pudiera hacer extremar los rigores del presidio.

— ¡Ah, cuán doloroso sería para aquella noble madre, para aquella honrada esposa, atenuar las expresiones de ternura que se agolpaban en su pluma! Pero tenía el pudor de su afecto y de su pesar.

Hé aquí lo que escribió:

«Mi querido Carlos:

»Hoy es el primer día de Enero. El año que acaba de transcurrir ha sido muy triste para nosotros, terrible para tí. ¿Traerá el que comienza un alivio á tus sufrimientos, un consuelo á nuestras penas? Lo esperamos como tú, querido y noble mártir, y esta esperanza nos comunica nuevas fuerzas.

»Mi valor no disminuye, y nuestros niños son unos hombrecitos, dignos hijos tuyos. Enrique crece y estudia mucho; ya es muy formal. Se parece á tí. Edmundo y Eugenio son más alegres y más aturdidos, como yo..... antes de nuestra desgracia.

»En cuanto á nuestro Carlos, es imposible soñar semejante cariño en una criatura. Es un niño encantador, sonrosado, lindo é inteligente..... Hace un momento, al oír que yo te escribía, me alargó un papeletito emborronado y después de doblarle dijo: «¡Aquí está mi carta para papá!

»Yo sigo trabajando y consigo atender á nuestras necesidades. Tranquilízate respecto de esto, mi buen Carlos, y piensa que si nuestra vida es espantosa sin tí las exigencias materiales están casi cubiertas. Tus amigos han seguido sus gestiones. No sé si alcanzarán buen resultado. Se les exige como condición esencial que solicites el indulto.

»¿Obtendrías tu libertad de esa manera? Dices que síno podrías hacerte concesionario de un terreno en Guyana. No sé qué es eso. Lo que veo es que podría reunirme á tí con los niños. ¡Nada me asusta, y la miseria á tu lado sería mi felicidad!

»Dime lo que has de hacer. Los momentos son preciosos. Cada minuto que pasa lejos de tí es un minuto de angustia, y áun podríamos ser felices en ese país del sol.

»Valor, querido mío, te enviamos nuestros más cariñosos recuerdos y todo nuestro amor.»

Debajo se leían con el nombre de la madre, la hermana, ya varón, del hijo mayor; las de Edmundo y Eugenio, un poco temblorosas, y un garabato hecho por Carlitos, que se empeñó en que su madre le guiase la mano.

Aquella carta salió tres días después, en un buque de vela de Nantes que hacía rotón directamenté á la Guyana. Aunque las comunicaciones eran mismas regulares que hoy, gracias á las líneas transatlánticas, no eran ménos frecuentes, y Mme. Robin tenía noticias de su marido cada cinco ó seis semanas.

Transcurrieron Enero y Febrero sin saber nada; empezaba el mes de Marzo y la misma falta de nuevas. La inquietud de la pobre mujer era angustiosa cuando un día recibió una carta con el sello de París, en la cual le rogaban que fuese á casa de un agente de negocios á quien no conocía.

Mareó al punto á la casa que se le indicaba, y encontró un hombre joven, vestido con cierta pulcritud, de rostro y maneras algo vulgares, pero bien educado al parecer.

Estaba solo y sentado junto á una mesa de despacho, de caoba, con muchos cajones.

Madame Robin se dió á conocer. El hombre la saludó fríamente.

— ¿Traes la invitación que he tenido el honor de dirigiros ayer?

— Aquí está.

— Bueno. Anteayer y por conducto de mi corresponsal de Paramaribo, he recibido noticias de vuestro marido.

La pobre mujer sintió que su corazón palpitaba con violencia.

— Paramaribo..... mi marido..... no..... comprendo.

— Paramaribo é Surinam, capital de la Guayana holandesa.

— ¡Pero, mi marido! ¡Acabad, por Dios! ¡Oh! Decidme lo que sepáis.

— Vuestro marido, señora — dijo el hombre — no me si se tratase de la cosa más natural del mundo, acaba de fugarse del presidio de San Lorenzo.

Si hubiera caído un rayo á los pies de Mme. Robin la habría dejado ménos asombrada que aquella noticia imprevista.

— ¡Fugado!..... balbucosaba..... ¡Fugado!

— Como he tenido el honor de deciroslo. Y por su parte os felicito sinceramente. Además, tengo el placer de entregáros algunas líneas suyas que contenía la carta de mi corresponsal. Aquí las tenéis.

Sorprendida y casi aterrada, por aquel golpe inesperado, creyó Mme. Robin que una especie niebla se extendía ante sus ojos. Pero su enérgica naturaleza se rehizo al punto y pudo descifrar la espúcia escritura con lápiz en la hoja arrancada del cuaderno del arzado cerca del arroyo de Sparwine.

En efecto, era la escritura de su marido, su firma, todo, hasta algunas líneas en caracteres criptográficos cuya clave ella sola poseía.

— Luego, ¡está libre!..... ¡Ya puedo verle!

— Sí, señora. Á vuestra disposición tengo algunas

fondos remitidos por mi corresponsal en una letra. Pero ya comprendéis que debe ocultarse, y no ha abandonado las Guayanas donde está más seguro que en parte alguna. Creo más conveniente que vos vayáis á buscarlo. Saldréis de Amsterdam en un buque holandés á fin de evitar las formalidades del pasaporte. Desembarcaréis en Surinam, y mi corresponsal os pondrá en disposición de encontrar á vuestro marido sin dar sospechas á la policía francesa.

—Pero, señor, explicadme.... ese dinero.... ese corresponsal....

—Señora, no sé ni una palabra. Vuestro marido está libre, tiene deseo de veros, en mi poder existen fondos para vos y se me ruega que atienda á vuestras necesidades hasta que os halleis á bordo del buque holandés.

—Pues bien. Sea. Acepto, y partiré. Pero ¿con mis hijos?

—Sí, señora.

—¿Cuándo?

—Cuanto antes mejor.

El misterioso agente de negocios arregló aquel con tal actividad que veinticuatro horas después salía de París Mme. Robin con sus hijos y el buen Nicolás que no quiso abandonar á su binhechosa.

Al cabo de treinta y cinco días de una travesía afortunada desembarcaron los seis en Surinam.

CAPÍTULO V.

Construcción de una canoa.—La madera para remos.—Recuerdo en el Rowing-Club.—Regreso del mensajero.—Una copia de tanto mérito como el original.—Una planta que á pesar de tener muchos nombres latinos es buena para comer.—Lo que se entiende por pillar la yuca.—El *canu* y el *casabo*.—Venencioso, pero alimenticio.—En la *cultrina*.—La piragua robada.—El incendio.—Desastre irreparable.—¿Quién es el traidor?—Desesperación de un anciano.—Visita inesperada.—La ciudadela de estorpe y su castaño cubierto.—El Atlántico más ancho que el Sena en Saint-Cun.—Mal país.—Misterio y beneficencia.—El *Tropic-Bird*.—El castaño holandés se niega á hablar.—Los proscritos.—No más guerra.—¿Que le matan las...

Tanto y tan bien trabajaron Robin y el anciano, con tal afán acometieron su obra que en poco tiempo quedó dispuesta la piragua.

La operación de aparejarla no fué larga ni difícil. Dos banquitos de madera de *genipa* muy ligera y resistente y fácil de labrar, fueron colocados en sentido transversal del casco, y ensamblados á cola de milano en las bordas. En ambos se practicó un agujero de unos cinco centímetros de diámetro para adaptar, en caso necesario, un pequeño mástil de bambú.

Aunque los ribereños del Maroni, negros ó Píeles Rojas, tienen por costumbre ir siempre al pagay, no es raro, cuando navegan en los grandes ríos, verles ir á guisa de vela una estera de paja, si sopla el viento en popa. Es su único sistema para aprovechar la brisa, pues ignoran completamente la maniobra de la vela.

Si no tienen estera y hay viento, saltan á tierra, cortan hojas de maqui ó de barluru, y las colocan de modo que las dé la brisa. Velamen económico muy poco embarazoso y que necesita una ciencia náutica muy elemental.

Estos casos en que el viento en popa sirve de au-

xiliar al pagay, no son muy frecuentes en los grandes ríos, pues los indios y los negros habitan con preferencia los lugares bañados por arroyos y sitios entre dos paredes de tamaje que interceptan las corrientes de aire.

Nuestros dos amigos contaban para un caso de necesidad con la gran hamaca de Casimiro tejida por los Bonis con excelente algodón.

Quedaba por resolver la cuestión de los pagays, que no dejaba de ser grave. No está al alcance de cualquiera construir *secundum artem* este indispensable elemento de navegación. Los hay de tres clases, pero los indios no emplean más que dos modelos, uno que parece un calentador con mango, cuyo recipiente aplinado tiene el grueso de la mano, y otro semejante á una pala de panadero de mango muy corto.

Los dos son inferiores al gran pagay de los Bonis y de los Bosh, remos incomparables, que, pese á los laureados del *Rowing-Club*, pueden bogar durante treinta ó cuarenta días. Dicho pagay, de dos metros treinta centímetros de largo, tiene una graciosa forma lanceolada. El mango, de un metro, ligeramente aplinado en la base, aumenta de grueso, en la parte media se aplana de nuevo, se ensancha suavemente en una curva que da origen á la paleta de doce centímetros de ancho por uno de espesor, y termina en una punta análoga á la de las hojas del lirio.

Nada tan elegante, gracioso, fino, y sin embargo, tan sólido como este instrumento, cuya construcción con un machete causa asombro.

Casimiro dió la preferencia á la última forma, exponiendo su desprecio hacia los pagays indios, más pesados, ménos manueables, y más feos, no obstante sus caprichosos dibujos trazados con jugo de genipa.

La madera empleada comunmente es la de *yaruri*, llamada por esta razón «madera para remos.» El buen hombre que sabía distinguir perfectamente, aunque no tenía más que un ojo, descubrió en seguida un soberbio *yaruri*, que fué derribado por igual procedimiento que el hembra.

Detalle curioso y que demuestra el espíritu de observación de esos á quienes llamamos salvajes; esa madera se hiende casi sin esfuerzo, ó por mejor decir, se descompone en tablas de una longitud indefinida y de un grueso de cuatro centímetros.

Se labra con increíble facilidad en cuanto cae á tierra, y en pocos días se seca adquiriendo extraordinaria dureza sin dejar de ser flexible.

Los encorvados dedos del anciano, insuficientes para un trabajo de fuerza, manejaban el machete con sorprendente habilidad. Daba pequeños golpes secos, bien medidos, separaba ligeras astillas, no había demasado el instrumento, y acababa por convertir la tabla en el gracioso pagay boni.

Cuatro confeccionó en otros tantos días, pues deseaba tener dos de reserva para el caso necesario.

(Se continuará.)

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LOPEZ.

— Espera un poco — dijo Garofoli con maligna sonrisa — quizás no seas tú solo, y siempre es agradable estar en compañía; además, evitaremos á Ricardo que se moleste dejando y tomando las disciplinas.

Los niños, que seguían inmóviles de pie ante su amo, se echaron todos á reír cuando oyeron aquella broma tan cruel.

— El que se ha reído con más fuerza — dijo Garofoli — es el que más me debe, estoy seguro. ¿Quién ha sido?

Todos señalaron al que llegó primero con un pedazo de madera.

— Veamos, ¿cuánto te falta? — preguntó Garofoli.

— No es culpa mía.

— En adelante, el que responda «no es culpa mía», recibirá un disciplinazo más sobre los que le haya señalado, ¿cuánto te falta?

— He traído un gran pedazo de madera, allí está.

— Algo es; pero vé á casa del panadero y pídele pan á cambio de tu pedazo de madera, ¿crees que te lo dará? ¿Cuántos sueldos te faltan? Vamos, habla.

— He ganado treinta y seis sueldos.

— ¿Te faltan cuatro, miserable, tantante, cuatro sueldos! ¿Y tienes valor para presentarte á mi vista! Ricardo, mi querido Ricardo, cuán feliz eres, cómo vas á divertirme. ¡Abajo la chaqueta!

— ¿Y el trozo de madera?

— Te lo regalo para que cenes.

Aquella estúpida chanzoneta provocó la hilaridad de todos los niños que no estaban condenados.

Durante el interrogatorio, habían llegado unos diez niños, todos los cuales fueron sucesivamente á rendirle sus cuentas; á los dos sentenciados al castigo de las disciplinas se añadieron otros tres que no habían completado la cifra señalada.

— ¡Cinco bribones que me roban y me saquean! — exclamó Garofoli en tono compungido. — Hé aquí lo que se consigue siendo generoso; ¿cómo queréis que pague esas hermosas patatas y esa excelente carne que os doy, si no trabajáis? Es preferible jugar, ¿no es cierto? ¿Creeis que vale más fingir el llanto alargando la mano, que llorar de verdad presentando la espalda á las disciplinas? ¡Ea, abajo las chaquetas!

Ricardo estaba ya dispuesto con las disciplinas en mano, y los cinco pacientes se habían abalanzado junto á él.

— Ya sabes, Ricardo — dijo Garofoli — que no miro porque estos castigos me entristecen mucho; pero te oigo perfectamente y por el ruido calculo la fuerza de los golpes; cumplo tu deber, querido niño, que por tu pan trabajas.

Y se volvió de cara á la lumbre como si le fuera imposible presenciar aquella escena. Yo estaba en un rincón oculto á las miradas de todos, y temblando de indignación y de miedo. Aquel hombre debía ser mi amo, y si no le traía los treinta ó cuarenta sueldos que quisiera exigirme, Ricardo se encargaría de cobrarse en azotes las monedas que me faltasen. ¡Ah! Entonces comprendí que Mattia pudiese hablar de la muerte con tanta tranquilidad y con un sentimiento de esperanza.

El primer chasquido del látigo al caer sobre mi cuerpo, me hizo brotar las lágrimas. Creyendo que nadie se acordaba de mí, no me contuve, pero estaba en un error. Garofoli me observaba con el rabillo del ojo, como bien pronto lo vi confirmado.

— Hé aquí un niño que tiene buen corazón — dijo señalándome con el dedo — no es como vosotros, bribones, que os reis á costa de vuestros compañeros y de mi dolor; ¡ojalá fuese camarada vuestro, y veriais como os servía de ejemplo!

Aquella palabra me hizo temblar de pies á cabeza; ¡su camarada!

Al segundo latigazo exhaló el paciente un grito lastimero, y al siguiente un grito desgarrador.

Garofoli levantó la mano, y Ricardo permaneció con el látigo en el aire.

Creí que iba á concederles perdón, pero no se trataba de esto.

— Ya sabes cuánto me enternecen los gritos — dijo muy despacio Garofoli, dirigiéndose á su víctima — y si el látigo te desgarró la piel, tus lamentos me desgarran el corazón. Te prevengo, por consiguiente, que por cada grito que des, mandaré que te administren un nuevo latigazo y será peor para ti. No me apesadumbres; ¡si tuvieses un resto de cariño hacia mí, un poco de gratitud, te callarías! ¡Vamos, Ricardo, sigue!

Éste levantó el brazo, y las disciplinas cruzaron la espalda del infeliz.

— ¡Madre, madre — exclamó.

Afortunadamente ya no vi más, porque se abrió la puerta de la escalera y entró Vitalis.

Una ojeada le hizo comprender la causa de los gritos que había oído al subir; corrió hacia Ricardo arrancándole el fátigo de las manos y volviéndose á donde estaba Garofoli se puso delante de él con los brazos cruzados.



Garofoli.

Sucedió todo esto tan rápidamente que Garofoli se quedó estupefacto; pero repeniéndose al punto y recordando su dulce sonrisa.

—¿No es verdad—dijo—que es terrible? Estuñito no tienes corazón.

—¡Es una vergüenza!—exclamó Vitalis indignado.

—Eso mismo digo yo—interrumpió Garofoli.

—Basta de bromas—dijo mi amo—demasiado sabes que no hablo del niño, sino de vos; si, es una vergüenza, una infamia, martirizar de esa manera á esos niños que no pueden defenderse.

—¿Quién es tueto en lo que no es importa, viejo loco?—repuso Garofoli cambiando de tono.

—Si á mí no me importa, le importará á la policía.

—¡La policía!—exclamó Garofoli levantándose, —¿me amenazáis vos con la policía?

—Sí, yo—respondió mi amo sin dejarse intimidar por el furor del amo.

—Escuchad, Vitalis—dijo aquél calmándose y adoptando un acento burlón—dejémonos de bromas y no me agencéis con hablar, porque yo también podría decir cosas muy buenas. Seguramente no iré á contar á la policía asuntos vuestros que no le interesan. Pero hay algunas personas á quienes importa, y si fuese á decírtelo lo que sé, si dijera un

nombre, tan sólo un nombre, ¿quién sería el que tuviera que ocultar su vergüenza?

Permaneció mi amo un momento sin saber qué contestar. ¿Sin vergüenza? Yo estaba asombrado. Antes de volver de mi admiración ya me había cogido Vitalis por la mano.

—Sígueme.

Y me arrastró hacia la puerta.

—¡Vamos!—dijo Garofoli riéndose—sin rencor, viejo mío, ¿queréis hablarme de algo?

—No tengo nada que deciros.

Sin pronunciar más palabras y sin volverse, bajó la escalera llevándose siempre de la mano. ¡Con cuánta satisfacción le seguía! Me escapaba del furor de Garofoli, y si me hubiera atrevido hubiese abrazado á Vitalis.

CAPÍTULO XVIII.

LAS CANTERAS DE GENTILLY.

Mientras anduvimos por calles en que había gente, marchó Vitalis sin decir ni una palabra, pero al poco tiempo nos encontramos en una callejuela desierta; entónces se sentó en un guardacanton pasándose la mano por la frente, lo que era en él un indicio de preocupación.

—Acaso sea muy hermoso escuchar la voz de la generosidad—dijo como si hablase solo;—pero con eso aquí estamos en las calles de París sin un sueldo en el bolsillo y sin un pedazo de pan en el estómago. ¿Tienes hambre?

—No he comido nada desde el cantero que me habéis dado esta mañana.

—¡Todo sea por Dios, pobre niño! Estás expuesto á acostarte sin cenar. ¡Y si al fin tuviéramos dónde dormir!

—¿Pensabais pasar la noche en casa de Garofoli?

—Pensaba que tú dormirías allí, y como me daría veinte francos por tu alquiler durante el invierno saldría de apuros por el momento. Mas al ver de qué manera trata á los niños, no he podido contenerme. ¿Tú tampoco descabas quedarte con él, no es cierto?

—¡Oh! ¡Sois muy bueno!

—El corazón del viejo vagabundo no está completamente muerto. Por desgracia, el vagabundo había calculado bien, pero el corazón había destruido sus proyectos. Y ahora ¿dónde iremos?

Era ya tarde, y el frío, que se había calmado durante el día, volvió á dejarse sentir más crudo y más glacial; soplaba el viento con fuerza y la noche prometía ser cruel.

Vitalis continuó por algun tiempo sentado en el guardacanton, mientras que *Lapi* y yo estábamos de pie, inmóviles junto á él. Por fin se levantó.

—¿Adónde vamos?

—A Gentilly, para buscar una cantera en la que he dormido varias veces. ¿Estás fatigado?

—Descansé un poco en casa de Garofoli.

—Yo estoy rendido y no puedo más. Pero es preciso andar. ¡Adelante, hijos míos!

Esta era una frase que nos dirigía á los perros y á

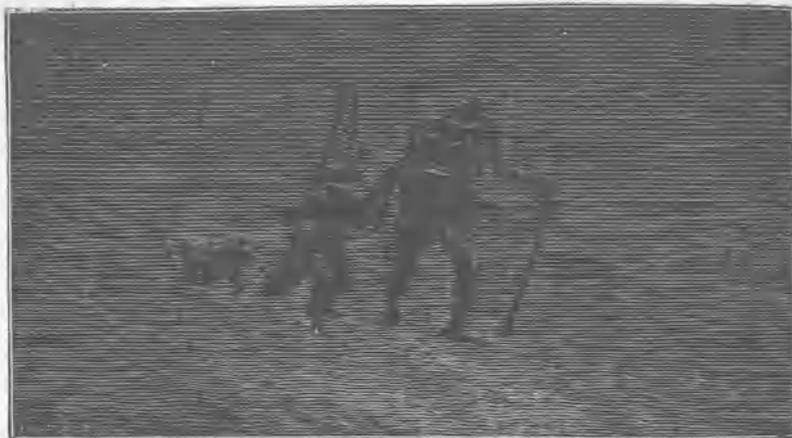
mí cuando estaba de buen humor; pero aquella noche la pronunció con infinita tristeza.

Nos pusimos en marcha por las calles de París; la noche era sumamente oscura, y el gas, cuya llama hacía vacilar el viento, apenas iluminaba el empedrado. Á cada momento resbalábamos sobre un arroyo helado ó sobre la capa de hielo que cubría las aceras; Vitalis me llevaba de la mano, y *Copi* nos seguía de cerca. De vez en cuando se quedaba atrás para buscar en algún montón de basura un hueso ó una corteza, pues el hambre debía atormentar su estómago; pero las basuras estaban rodeadas por una envoltura de hielo y eran inútiles sus pesquisas; luego se unía á nosotros con las orejas caídas.

Á las calles principales sucedieron las callejuelas; á éstas, otras grandes calles; no dejábamos de andar y los escasos transeúntes que encontrábamos nos miraban con asombro. ¿Sería nuestro traje, sería nuestro cansancio lo que llamaba su atención? Los guardias de seguridad á cuyo lado pasábamos, daban cada vuelta y nos seguían con la vista.

Á pesar de todo y sin pronunciar una palabra, Vitalis continuaba andando agobiado por la fatiga, aunque su mano me abrasaba, me pareció que estaba temblorosa. Á veces, cuando se detenía para apoyarse en mi hombro, sentía cierta convulsión en su cuerpo.

Nunca me atrevía á dirigirle preguntas, pero le



La oscuridad no podía ser más densa.

tonces quebranté la costumbre; además, necesitaba decirle que le quería mucho, ó por lo menos que deseaba hacer algo por él.

—¿Estáis enfermo? — dije en un momento de parada?

—Creo que sí, por lo ménos estoy cansado; estos días de marcha han sido demasiados fatigosos para mi edad, y el frío de esta noche es muy crudo para mi vieja sangre; necesitaba una buena cama y una buena cena en un aposento cerrado, al amor de la lumbre. Pero todo esto es un sueño. ¡Adelante, hijos míos!

¡Adelante! Habíamos salido de la ciudad, ó por mejor decir, se habían acabado las casas, y caminábamos ya entre una doble línea de tapias, ya por el campo libre, pero siempre adelante. Ya no había transeúntes, ni guardias, ni faroles de gas ó de aceite; algunas veces distinguíamos una ventana iluminada, y sobre nuestras cabezas el cielo azul oscuro con raras estrellas. El viento, que soplaba más áspero y más fuerte, nos ceñía la ropa al cuerpo, aunque, por fortuna, nos daba en la espalda; pero como el hombro de mi chaqueta estaba descosido, entraba el aire por aquel agujero resbalando por el brazo hasta la mu-

ñeca, lo cual no era lo más á propósito para entrar en calor.

Á pesar de que la oscuridad no podía ser más densa, y de que los caminos se cruzaban á cada momento, Vitalis marchaba como un hombre que sabe dónde va y que está seguro del camino que sigue; por esto no tenía yo temor de perderlos y no sentí más inquietud que la de saber si llegaríamos, por fin á la catedral.

Pero de pronto se detuvo.

—¿Ves un grupo de árboles? — me dijo.

—No veo nada.

—¿No distingues una masa negra?

Miré á todas partes antes de responder; debíamos estar en medio de una llanura, porque mi vista no perdía en sombrías profundidades sin que nada allí tuviese, ni árboles ni casas; no se oía otro ruido que el del viento silbando al rozar sobre la superficie del suelo pasando entre malezas invisibles.

—¡Ah! ¡Si yo tuviese tus ojos! — dijo Vitalis— pero no veo con claridad, ¡mira allá abajo!

Extendió la mano derecha delante de mí, y como no le respondiese, pues no me atreví á decirle que no veía nada, volvió á emprender la marcha.

Pasaron algunos minutos en silencio, y se detuvo de nuevo preguntándose otra vez si veía un grupo de árboles. Ya no tenía la misma seguridad que algunos momentos antes, y un vago temor hizo que su voz temblara al contestarle que no veía nada.

—El miedo te hace bailar los ojos — dijo Vitalis.

—¿Ni una gran rueda?

—No veo nada.

—; Hemos equivocado el camino!

No respondí, porque ignoraba dónde estábamos y á dónde íbamos.

—Andarémos durante cinco minutos más, y si no vemos los árboles, volverémos piés atrás, quizá me haya equivocado.

Cuando comprendí que podíamos estar extraviados me quedé sin fuerzas. Vitalis me tiró del brazo.

—¿Qué te sucede?

—No puedo andar.

—¿Y crees tú que yo puedo llevarte? Si todavía estoy en piés porque me sostiene la idea de que, si nos sentamos, no nos levantaremos nunca y morirémos de frío; ¡Vamos!

Eché á andar detras de él.

—¿Tiene el camino unas rodadas muy profundas?

—Ni una.

—En ese caso debemos retroceder.

El viento, que hasta entonces había soplado en nuestras espaldas, nos azotó de frente con tal fuerza que casi me dejó sofocado y experimenté una sensación semejante á la de una quemadura.

Al ir no íbamos muy deprisa, pero al volver todavía andábamos más despacio.

—Cuando veas surcos profundos, avísame — dijo Vitalis; — la parte buena del camino debe estar á la izquierda.

Durante un cuarto de hora avanzamos de aquel modo, luchando contra el viento; en medio del sombrío silencio de la noche resonaba el ruido de nuestros pasos sobre la tierra endurecida. A pesar de que no podía dar un paso, yo era el que entonces arrastraba á Vitalis. ¡ Con qué ansiedad exploré el lado izquierdo del camino!

—Una luz — dije extendiendo la mano.

—¿Dónde está?

Miré Vitalis, pero aunque la luz destellaba á poca distancia no pude distinguir nada. Entonces comprendí que tenía débil la vista, pues generalmente divisaba de noche los objetos.

—¿Qué nos importa esa luz! — dijo; — será alguna lámpara que arde en la mesa de un artesano ó cerca de un lecho mortuario; no podemos llamar á esa puerta. En el campo y por la noche pediríamos pedir hospitalidad, pero en las cercanías de París, es inútil. No hay casas para nosotros. ¡Vamos!

Seguíamos andando durante algunos minutos y por fin me pareció ver un camino que se cruzaba con el nuestro. Dejé la mano de Vitalis para ir más de prisa, y vi que aquel camino tenía hondas huellas del paso de carruajes.

—Aquí están los surcos.

—Dame la mano; nos hemos salvado, la cantera

dista poco de este sitio; mira bien, ahora debes ver el grupo de árboles.

Parecióme distinguir una masa oscura, y dije que, en efecto, veía los árboles.

La esperanza nos dió ánimo; mis piernas se hicieron más ligeras y la tierra fué ménos dura para mis piés.

Sin embargo, la poca distancia de que habéis hablado Vitalis me pareció inmensa.

—Hace más de cinco minutos que estamos en el buen camino — dijo deteniéndose.

—Eso mismo creo yo.

—¿Qué dirección llevan las rodadas?

—Siguen rectamente.

—La entrada de la cantera debe estar á la izquierda y quizá hayamos pasado por delante sin verla; en una noche como ésta nada tendría de extraño; no obstante, hemos debido conocer por los surcos que íbamos demasiado léjos.

—Os aseguro que las rodadas no han variado de dirección á la izquierda.

—De todos modos debemos retroceder.

Y retrocedimos de nuevo.

—¿Ves el grupo de árboles?

—Sí, á la izquierda.

—¿Y las rodadas?

—Ya no hay ninguna.

—¿Pero estoy ciego? — dijo Vitalis pasándose la mano por los ojos; — vamos hacia los árboles y dame la mano.

—Hay una pared.

—Es un montón de piedras.

—Es una pared, no lo dudeis.

Era muy fácil comprobar mi afirmación; estábamos á pocos pasos de la tapia; andávoles Vitalis, y como no podía dar crédito á sus ojos, aplicó ambas manos contra el obstáculo que yo llamaba tapia y que él seguía tomando por el montón de piedras.

—En efecto, es una tapia; las piedras están colocadas con simetría y toco la argamasa; ¿dónde estará la entrada? Busca los surcos.

Me bajé hasta el suelo y seguí la tapia hasta su extremo sin encontrar la más pequeña rodada; luego, volviendo hácia Vitalis, continué mis investigaciones por el lado opuesto. El resultado fué el mismo: siempre la pared, y en ella no se notaba luego alguno, ni en la tierra se veía camino, surco ó huela que indicase una entrada.

—No encuentro más que nieve.

La situación era terrible; sin duda se había perdido mi amo y no estaba por aquel sitio la cantera que buscaba.

Cuando le dije que no encontraba las rodadas y si la nieve, se quedó un momento sin responder, y aplicando de nuevo las manos á la tapia la recorrió hasta el fin. *Capi*, que no comprendía nada de aquella maniobra, ladraba con impaciencia.

Yo seguía detras de Vitalis.

—¿Buscarémos más léjos?

—No, la cantera está tapiada.

—¿Tapiada?

—Han cerrado la puerta, es imposible entrar.

— ¿Y en ese caso....

— ¿Qué hemos de hacer? ¿no es eso? Lo ignoro.

Morirémos aquí.

— ¡Oh, amo mío!

— Si, tú no quieres morir, eres joven y te atrae la vida. ¡Bueno! Vamos. ¿Puedes andar?

— Pero.... ¿y vos, podéis?

— Cuando na pueda caeré como un caballo viejo.

— ¿A dónde iremos?

— Volverémos á París; si encontramos algun guardia de seguridad harémos que nos lleve á un puesto de policía; yo hubiera querido evitarlo pero no puedo, dejarte morir de frío; ¡vamos, querido Kemi, vamos, hijo mío, un poco de valor!

Volvimos á emprender el camino que ya habíamos recorrido. ¿Qué hora sería? Las doce; la una de la madrugada quizá. El cielo seguía de color azul oscuro, sin luna, con alguna que otra estrella más pequeña, al parecer, que de ordinario. Lejos de calmarse el viento había redoblado su furia, levantando torbellinos de nieve en polvo que nos azotaba el rostro, las casas por cuyas puertas pasábamos estaban cerradas y sin luz; pensé que si las gentes que dormían allí dentro arrebujadas en sus mantas hubieran sabido en qué situación nos hallábamos, nos hubiesen abierto sus puertas.

Marchando deprisa habiéramos podido entrar en calor, pero Vitalis andaba con mucha fatiga y so-



Después se volvieron á correr más ojos.

plando á cada momento; su respiración era anhelante como si acabase de correr mucho. Cuando le preguntaba nó me respondía y con la mano me indicaba que no podía hablar.

Desde el campo habíamos vuelto á la ciudad, ó por lo ménos marchábamos entre tapias, viendo cómo de trecho en trecho se balanceaban los escasos faroles que por allí había.

Vitalis se detuvo, comprendiendo que estaba rendido.

— ¿Queréis que llame á una puerta?— le dije.

— Es inútil; no nos abrirán; aquí viven jardineros y hortelanos que no se levantan durante la noche. Sigamos andando.

Pero tenía más voluntad que fuerza, y después de dar algunos pasos se detuvo.

— Tengo que descansar un poco— dijo;— ya no puedo más.

En una empalizada había una puerta y detrás se levantaba un gran montón de estiércol dispuesto en forma de cono como las que se ven en las huertas y jardines; al soplar el viento en el montón había secado la primer capa de paja, esparciéndola en gran cantidad por la calle y al pie de la empalizada.

— Voy á sentarme— dijo Vitalis.

— Dijisteis ántes que si nos sentásemos se apode-

raría el frío de nosotros y no volveríamos á levantarnos.

En vez de responderme, me hizo señas para que amontonase paja al lado de la puerta, y no se sentó, sino que se dejó caer en aquella grosera cama. mi pobre amo daba diente con diente y todo su cuerpo era presa de un temblor convulsivo.

— Trae más paja— añadió;— el montón de estiércol nos pone al abrigo del viento.

Así era la verdad, pero nó nos resguardaba del frío. Luégo que hube amontonado toda la paja que pude recoger fuí á sentarme al lado de Vitalis.

— Acércate á mí— dijo— y pon á *Capò* sobre tu pecho para que te comunique un poco de calor.

Vitalis era un hombre de gran experiencia y sabía que el frío, en las condiciones en que nos hallábamos, podía ser mortal. Para que él se expusiera á este peligro era preciso que estuviese aniquilado.

Y lo estaba realmente. Hacía quince días que se estaba acostando habiendo hecho lo que sus fuerzas no le permitían, y aquella última fatiga que debía sumarse con las otras le encontraba demasiado débil para soportarla y rendido por una larga serie de esfuerzos, por la edad y por las privaciones.

¿Tenía conciencia de su estado? No se ha sabido nunca. Pero en el momento en que habiendo reunido

la paja encima de mí me estreché contra él, sentí que se inclinaba hacia mi rostro y me besaba. Era la segunda vez y fué la última.

Un ligero frío ayudó a conciliar el sueño á las personas que entraron en la cama tiritando; pero un frío intenso y prolongado aletargó á todo el que sorprendió al aire libre. Esto fué lo que nos ocurrió.

En cuanto me acordé junto á Vitalis, se cerraron mis ojos. Hice esfuerzos para abrirlos, y como no lo conseguía, me pellizcaba el brazo con fuerza; pero mi piel era insensible y á duras penas pude hacerme algo de daño. Sin embargo, la sacudida dolorosa me devolvió hasta cierto punto la conciencia de la vida.

Vitalis, que estaba apoyado en la puerta, respiraba fatigosamente; *Capi* dormía entre mis piernas. Sobre nuestras cabezas soplaban el viento, cubriéndonos de briznas que caían como hojas secas desprendidas de un árbol.

No pasaba nadie por la calle cerca de nosotros; lejos, y por todas partes, reinaba un silencio mortal.

Tuve miedo; ¿de qué? No pude darme cuenta del motivo; pero un vago terror mezclado de tristeza llenó mis ojos de lágrimas. Me pareció que iba á morir allí.

El pensamiento de la muerte me trasladó á Chavanon. ¡Pobre tía Barberin! ¡Morir sin volver á ver-



Cuando me desperté estaba en una cama.

a, sin ver la casa y mi jardinilla! Por una extravagancia de mi imaginación, me encontré en el jardín; brillaba el sol alegremente, la temperatura era tibia, los junquillos abrían sus doradas flores, cantaban los pájaros en la enramada, y la tía Barberin ponía á secar en los espinos la ropa que había lavado en el arroyuelo próximo.

Bruscamente saltó mi espíritu de Chavanon al Cane; Arturo dormía en su cama; Mme. Milligan estaba despierta, y como oía soplar el viento preguntaba dónde estaba yo con aquel frío.

Después se volvieron á cerrar mis ojos, se aletargó mi corazón y era que me desmayaba.

CAPÍTULO XIX.

LISE.

Cuando me desperté estaba en una cama; la llama de un gran fuego iluminaba el aposento en que me encontré acostado.

Miré alrededor de mí. No conocía aquella habitación.

También desconocía las personas que me rodeaban: un hombre con chaquetón gris y zuecos amarillos; tres ó cuatro niños, entre los cuales había una niña de cinco ó seis años, que fijaba en mí sus som-

breños ojos, unos ojos especiales; parecía que hablaban.

Me levanté. Todos los circunstantes se acercaron á mí.

—¿Y Vitalis?—dije.

—Pregunta por su padre—repuso una joven que parecía la mayor de todos los niños.

—No es mi padre, es mi amo. ¿Dónde está? ¿dónde está *Capi*?

Si Vitalis hubiera sido mi padre, habrían tomado precauciones para hablarle de él; pero como no era más que mi amo, creyeron que podía decirme sencillamente la verdad, y hé aquí lo que supe.

La puerta en cuyo hueco nos habíamos echado, era de un jardinero. Á las dos de la madrugada abrió aquél la puerta para ir al mercado, y nos encontró acostados bajo nuestra cubierta de paja. Nos avisó para que nos levantáramos á fin de dejar paso al carro; pero como no nos movíamos, y solamente respondía *Capi* para defendernos, nos cogieron del brazo sacudiéndonos con fuerza. No consiguieron nada.

(Se continuará.)

INGLESES Y ESPAÑOLES EN EL POLO SUR.

AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS EN LA ZONA GLACIAL ANTÁRTICA.

POR D. JOSÉ MORENO FUENTES.

CAPÍTULO IX.

EL CRIADO DEL DOCTOR POY. — UNA AURORA ANTÁRTICA. — PENALIDADES. — ESPERANZAS DEL CAPITÁN BALLESTA.

I.

—Y doña Clotilde—dijo con cierta causticidad el segundo contramaestre—al huir de la casa se refugió, disfrazada de grumete, en la corbeta *Algeciras*. No pasaron muchos días, no sin que la cosa me diese en la nariz.... Aquel grumetillo tan guapo, tan redondo de caderas, que se le relevaba de todo servicio y.... ¡Vamos, que me la calé!

—Pues lo que á mí me pasma—exclamó Córceles es ver cómo el capitán y la señora Clotilde han llegado así, sin más ni más, á casarse.

—Ambos, sin decirselo—repuso Ambrosio—teníanse cariño desde mucho tiempo atrás. Don Félix, que es tan noble de corazón, hubiera creído proceder mal si, dependiendo ella de su buen padre.... En fin, Dios los ha juntado, y ha hecho bien, porque nacieron el uno para el otro. En Marsella se hizo el casamiento....

—¿Y por qué ha venido á pasar trabajos con nosotros y va vestida de hombre?

—Porque es mujer de mucho ánimo, y se empeñó en acompañar á su marido.... No usa el traje que le es propio por consejo del capitán; de esta suerte le será más fácil sobrellevar las penalidades de esta larga navegación....

—¡Ah! Vaya, vaya—prorumpió un marinero, que era la primera vez que estaba al servicio de don Félix—por todo lo que he oído, comprendo ahora la causa de llamarse este barco *Baltasar Ballesta*.

—Por eso—dijo gravemente el anciano despenso—porque hay á bordo alguna gente nueva, cuento la verdad de estas historias para que de ellas se enteren. Por lo demás, cuando se bantizó y bendijo esta goleta, don Félix pensó honrarla dándole el nombre de su padre.

—Yo le conocí—repuso á la sazón un individuo de voluminosa cabeza, desarrolladísimo abdomen, pelo crespo y epidermis de color de café con leche (1).

Era aqual hombre el celeberrimo criado, de cuya calma y poltronería quejábanse á menudo el vivaracho y activo doctor Poy.

—Yo conocí—repitió el mulato—á don Baltasar. Era muy compadre del niño (2) don Pancho; á mí

(1) Suele calificarse así en la isla de Cuba á los mulatos.

(2) Los gentíos de color dan el tratamiento de niño á los blancos.

me puso el mote de *Caguama*, con el cual me trataba todo el mundo.

—Y ¿qué es eso de *Caguama*?

—Una tortuga muy grande y pesada que se cria en mi país.

—Vaya, pues por eso te llama siempre así tu amo.

—¡Anjá! (1) don Baltasar tenía siempre buen humor; al niño don Pancho le puso por nombre *bibijagua*.

—Y ¿eso qué quiere decir?

—Bibijagua es una hormiga de mi tierra. Suele llamarse así á las personas que son muy vivas de genio y no se están quietas un instante.

—Vuestro amo—dijo Ambrosio—merece que todo el mundo le estime; no hay á bordo quien no le quiera bien.

—Yo, y esto no es palucha ni facistolera (2)—dijo flemáticamente el criado—me dejaría hacer pedadillo por el niño Pancho. Aunque algunas veces en sus prontitudes me desespera, porque quiere que yo sea tan *bibijagua* como él, sin reparar en que estoy muy gordo y no puedo.

Y hablando así el mestizo *Caguama* despedábase con delicia los rollizos miembros.

—Pero—añadió poco después con voz lastimera—mucho me temo que lo ménos malo que podrá sucederme en este picaro viaje es que me quede en la huesos. ¿Cómo podré yo vivir si me pongo llaso?

Los marineros del *Baltasar Ballesta* prorumpieron en ruidosas carcajadas.

II.

En aquel momento ruido de pasos y exclamaciones admirativas, que resonaban exteriormente, llamaron la atención de los marineros reunidos en el rancho de proa.

—Algo ocurre sobre cubierta—exclamó Borrero quitándose la negra pipa de los labios.—¿Qué será. Venamos, veamos.

Y salió precipitadamente detrás de él, echáronse fuera los demás, un si es no es alarmados, porque el inusitado de aquel rumor y aquellas voces á las que tan avanzadas no presagiaban nada bueno.

El mulato *Caguama* quedó indolentemente sentado en el lugar que ocupaba antes.

¿Qué es lo que acontecía á bordo? La presencia en aquellas heladas regiones á los expedicionarios

(1) Anjá.—Interjección vulgar que expresa la aprobación de una cosa en el más exagerado sentido.

(2) *Polacha, facistolera*.—Sinóquimos de *heladronada*.

los, por vez primera, de una aurora austral. A proa y a la banda de babor habíase agolpado casi todos los tripulantes del *Baltasar Ballesta* ansiosos de admirar aquel meteoro.

La noche estaba despejada, lucían en los espacios estelares, con inusitada limpidez, multitud de astros, y no podía quizás ofrecerse otra más a propósito para que exhibiera todas sus magnificencias aquel fenómeno eléctrico.

Por el límite del lejano horizonte presentáronse de repente numerosas ráfagas de luz, que parecían brotar del seno de las aguas en temblorosas oscilaciones, las cuales aumentaban con gran rapidez su número, su brillo y su extensión. Todas aquellas lenguas de fuego dirigíase, aparentemente al menos, hacia un punto determinado de los cielos, que correspondía al polo terrestre.

Aquellos rutilos luminosos formaron despues un inmenso arco curvado por brillantes fulguraciones que contrastaban singularmente con otras más opacas, menos decididas en sus evoluciones.

Aquel arco, cuyos dos extremos gravitaban, al parecer, sobre la tierra, flotaba en el espacio con el espléndido cortinaje que de él pendía, el cual se transformaba á cada momento en caprichosos giros, luces y colores.

Con inabarcable estupefacción contemplaban los expedicionarios aquel admirable meteoro.

No hay nada más sorprendente y majestuoso que aquellas oleadas de luz, permítaseme expresarme así, que bañan los cielos y el dilatado horizonte en una gran extensión. Las auroras australes comienzan cierta claridad crepuscular á las interminables noches de aquellas latitudes hiperbóreas.

El doctor Peey estaba encantado; uno de sus más ardientes deseos acababa de satisfacerse, quizás cuando menos la presunión. Su entusiasmo casi traspasaba los límites naturales; iba y venía de un lado para otro, gesticulando, riendo, perorando por los codos. Daba gusto verle.

Cuando el fenómeno empezó á extinguirse, hizo el buzo del señor Peey un gesto de contrariedad. Su mayor placer hubiera sido pasarse largas horas, días y aun semanas enteras contemplando embebecido aquella singularidad de las regiones polares.

Pero no siendo esto posible, porque el meteoro desaparecía quizás con mayor rapidez que la que empleó en formarse, hizo el sabio al rededor de sí un gran coro de marineros, y púsose á explicarles en un dos por tres todo un curso completo de electricidad terrestre y atmosférica, manifestada en sus más esenciales evoluciones y apariencias.

Y aunque muchos de aquellos rudos hombres de mar se quedaban en ayunas de sus luminosas explicaciones, por más que él procuraba cuanto podía hacerse inteligible, todos, sin embargo, le escuchaban con respeto, admirando su fluidez y su profundo saber.

III.

Segun avanzaba el *Baltasar Ballesta* hacia el polo, presentábase la navegación erizada de mayores peli-

gras y dificultades. El número de *icebergs* aumentaba de día en día; sus masas flotantes, gigantescas algunas, revestían las más extrañas formas y aspectos.

Era preciso navegar con gran lentitud por aquellos desiertos marcos, sembrados de montañas de nieve, cuyo rudo encuentro se sorteaba con destreza. Sobre todo, debía eludirse á toda trance que la goleta fuese cogida entre dos de aquellas imponentes moles.

Esto era tanto más de temer, cuanto que en medio de las sombras de aquellas largas noches polares, sólo podían apercibirse los *icebergs* cuando, á lo sumo, distaban medio milla del buque, esto es, cuando casi se les tenía encima.

En el mes de Noviembre, por lo general, empiezan á desprenderse de las tierras, en la zona glacial antártica, el considerable número de témpanos flotantes que á tantos peligros exponen á los afortunados nautas que entre ellos se aventuran. Es temerario, ciertamente, arriesgarse á navegar, casi en perpétua noche, por aquellas latitudes.

Desde que el *Baltasar Ballesta* se hizo al mar dejando el islote *Camarin de los genios*, sólo tres á cuatro días habíase experimentado en la temperatura cierta benignidad.

Fuera de estos paréntesis, reinaban, como antes dije, continuos torbellinos y ventiscas del N. O., borrascas de nieve y de granizo, y lloviznas glaciales que instantáneamente se congelaban sobre la cubierta y el aparejo de la embarcación.

Soportable, hasta cierto punto, sería esto, si no imperase al par un frío helado, agudo, cortante como la acerada hoja de un cuchillo; pero el *Baltasar Ballesta* estaba convenientemente preparado para resistirle.

Por medio de largos tubos de *enouchoué* se transmitía el calor de la máquina á las cámaras, á los entrepuentes, á todos los departamentos del buque en que era necesario; no sólo para combatir aquella baja temperatura, que alcanzaba 42° bajo 0, sino para neutralizar los terribles efectos de las humedades que todo lo invadían.

IV.

El excesivo trabajo que agolaba á la tripulación en aquellos días de prueba, empezó á quebrantar la salud de los menos robustos.

Constaba la dotación del *Baltasar Ballesta* de 120 hombres, y aunque casi todos estaban acostumbrados á las fatigas de largas navegaciones, y hasta habían hecho algunos su aprendizaje en buques balleneros, sentíase un si es no es impotentes para arrostrar los rigores de aquella helada temperatura. Tan sólo existía á bordo un hombre que parecía desafiarnos impunemente.

Este era el capitán Félix Ballesta.

Embargado su espíritu con los inconvenientes y las consecuencias de su arriesgada expedición, permanecía inalterable, casi insensible á todo lo que fuera extraño al pensamiento que le dominaba. En vuelta en su capote de pieles pasábase la mayor parte del día sobre el puente vigilando la marcha del bu-

que, las maniobras y el limitado horizonte que le rodeaba.

Mucho afectó á D. Félix que en el preciso momento en que una inesperada catástrofe le obligó á detenerse para acudir en auxilio del *Algeciras*, las paves inglesas no sólo hicieron ostentoso alarde de continuar su derrota, anteponiéndose á él, sino que ni aun por mera fórmula intentáran favorecer al buque, que á su vista experimentó un terrible siniestro; y ántes bien, enarbolando su bandera y siguiendo adelante, parecían demostrar, en són de burla, su actitud agresiva.

Hé aquí por qué, dulcemente impresionado el capitán Ballesta, siguió con intensa mirada el rumbo de aquellas naves, mientras que dos lágrimas de despecho, de angustia y contrariedad se desprendían de sus tristes ojos.

Hasta pudiera suponerse que las embarcaciones inglesas esperaban la catástrofe del *Algeciras* para hacer aquella demostración.... Don Félix no sabía qué pensar de tan ineficaz hecho. Sin embargo, poco á poco el sentimiento de su amor propio herido pareció amortiguarse en él.

— ¿Os habeis acostumbrado — dijole un día el doctor Poey — á la idea de que os proceda vuestro enemigo?

— Confieso — contestó el capitán — que, por el pronto al ménos, me senti contrariado.

— ¿No abrigáis, pues, temor alguno de que el resultado final nos sea adverso?

— Conocéis, caro doctor, al paririo las precauciones que, temiéndolo todo, creí prudente adoptar.... Empero, más que en nada confío en que la Providencia auxiliará mi derecho.

— ¿La Providencia! — murmuró el sabio que era un si es no es descreído.

CAPÍTULO X.

EL NUEVO CONTINENTE. — DESILUSIONES É INQUIETUDES. — EL CONTRAMAESTRE TOMÁS. — LAS CASAS DE MAESE PEDRO. — CAER EN EL GARLITO.

I.

Conviene, discreto lector, no perder por mucho tiempo de vista al *atráliario inglés*, ni á la embarcación en que surca los procelosos mares del polo.

Bien recordarás que, ardiendo en esperanzas, que hacía más verosímiles el deseo, corrió en busca del paralelo 63 para ganar al O. la longitud de 59° 40', y que tres días después prorumpió en exclamaciones de entusiasmo, casi de loca alegría, al divisar en lontananza los accidentados perfiles de una larga extensión de tierras situadas de E. á O.

Desde las costas de aquel desconocido país el mar se encontraba, al parecer, libre de hielos; pero mister Crósbow no pudo cerciorarse del caso, porque la dudosa luz de aquellos días crepusculares impedía que las observaciones inviesen un carácter definitivo.

Ansiaba por momentos Juan Ballesta llegar, ver, tocar de cerca, como suele decirse, aquellas tierras antárticas; y, á trueque de experimentar algún con-

tratamiento, resolvió que desarrollasen las máquinas toda la presión de que fueran susceptibles.

Las hélices de las dos embarcaciones batieron con mayor impulso y rapidez las azules ondas. Tan alta era la fuerza del vapor que, comunicando á los buques un movimiento trepidatorio, les hacía estremecerse desde la quilla á los topes de los mástiles.

Completa oscuridad reinaba en torno; pero los ingleses, con su probado valor náutico, avanzaban por un medio de las sondas hacia aquel continente austral.... Quizás cuando la matutina luz del nuevo día esparciese sus débiles reflejos sobre aquellas desoladas regiones, habrían llegado al término de su viaje, y tomarían posesión de las nuevas tierras en nombre del Gobierno de la Gran Bretaña.

Es verdad que en las cartas marítimas no se indicaba tierra alguna en aquella situación; pero esto no era óbice para dudar de su existencia, puesto que estaba allí, á pocas millas de los buques británicos, destacando sobre el cielo la oscura silueta de su superficie.

Poseído de viva ansiedad, Mr. Crósbow, después de navegar toda la noche, esperaba la luz del nuevo día para conocer su situación con referencia á las tierras avistadas.

Al fin lució la mañana; estaba nebulosa y sombría; pero con extraordinario júbilo advirtieron los tripulantes ingleses que se confirmaban las apariencias observadas el día anterior. Á seis ú ocho millas á lo sumo, se elevaba sobre el mar un gran continente.

Sus costas presentábanse escuetas y bien señaladas; hacia el interior, á larga distancia, erguíense las agigantadas cúspides de una cordillera de montañas; por sus flancos y laderas florecía, al parecer, la más exuberante vegetación.

II.

Cuantos catalejos había á bordo de los buques ingleses utilizáronse en admirar aquel espléndido panorama.

Era ya imposible la duda.

Algunos *icebergs* flotaban en el mar, distantes muchas millas de las embarcaciones; la escasa luz del día iluminaba sus ángulos más salientes, proyectando sobre el resto azules masas de sombra.

El *Great-Britain* y el *Gibraltar* se acercaban á todo vapor hacia aquellas tierras del polo austral.

Transcurrieron dos horas; el nuevo continente parecía huir de sus admiradores, interponiendo siempre la misma distancia entre ellos y su mágica perspectiva.... Los buques siguieron navegando.

¿Constituirían aquellas lontananzas un simple fenómeno óptico, muy común en aquellas regiones que presenta los objetos como si se tocaran con la mano, hallándose, en realidad, á muchas millas de distancia?

Pronto obtuvieron los ingleses la explicación de aquel misterio.

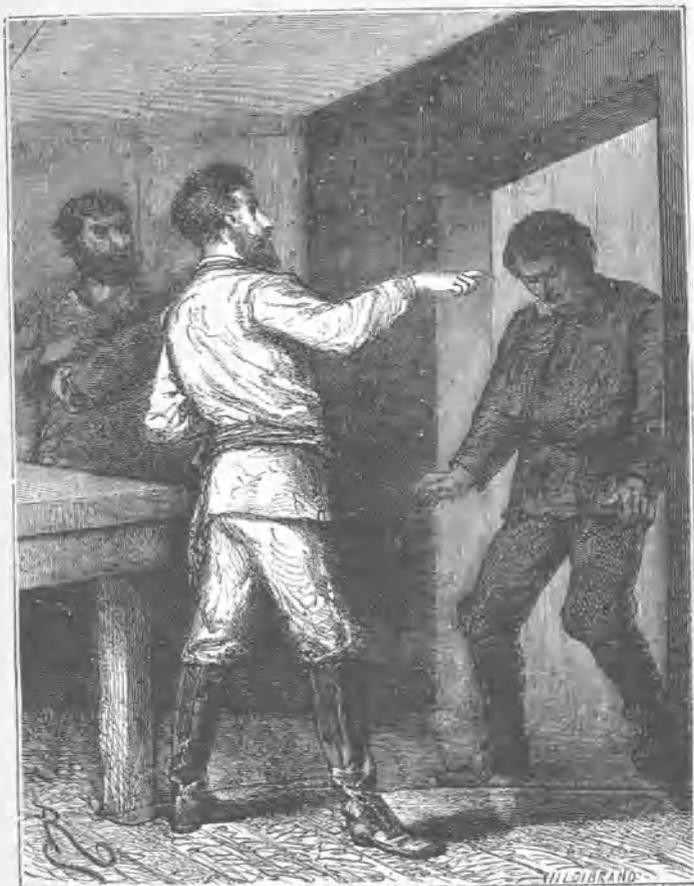
Cuando más paguaba Mr. Crósbow, como nuevo Tántalo, por arribar á las desconocidas tierras, que de entre las manos parecían escapárselo de repente en la

atmósfera, como desaparecen en el vacío las visiones de la linterna mágica. Durante muchos días las engañadoras brumas habían realizado en el horizonte uno de sus más portentosos mirajes.

Motivos tuvo el inglés de pega para prorumpir en larga serie de juramentos, que atestiguaban su desencanto y la inmensa excitación que le poseía. Pero como si esto no fuese bastante para llenar la medida

de su enojo, en aquel preciso momento apercibió á sotavento de sus naves un buque de vapor, en cuyo aspecto y principales líneas creyó reconocer al *Baltasar Ballesta*.

El accidente de que fué víctima Mr. Cróssbow, suele reproducirse en las regiones polares alguna que otra vez. Hé aquí lo que acerca de este fenómeno refiere el comodoro inglés John Byron :



¡Tú, tú eres el traidor, miserable!

« Observé, dice, que lo que me pareció al principio una isla presentaba dos montañas escarpadas; mirando hacia el punto de donde venía el viento, la tierra se extendía al Sudeste. Gobernamos en aquella dirección, é hice subir á varios oficiales á los palos á fin de observar el viento y determinar la posición de la tierra descubierta, y todos me aseguraron que veían una grande extensión de terreno.... Después hicimos rumbo al Este Sudeste. La tierra se mostraba siempre bajo la misma apariencia; las montañas parecían azules, como suele suceder á cierta distancia en tiempo lluvioso y oscuro. Algunos creyeron ver y oír las olas del mar estrellarse en una playa

arenosa; después de esto, navegamos todavía una hora con la circunspección posible, y nos convencimos de que todo había sido efecto de la bruma.... »

III.

— ¡Tú, tú eres el traidor, miserable!

Dirigia este enérgico apóstrofe el capitán Ballesta á un hombre, cuya actitud revelaba claramente que sentíase aplanado bajo el peso de aquella recriminación, y acaso también bajo el de su conciencia.

El hombre tan duramente increpado era el contra-maestre Tomás. En el fondo del cuadro, si me es permitido expresarme así, un tercer personaje, cru-

zada de brazos, dirigía severas miradas al marineró.... Reconociase en él al mallonquín Jaime Ferreros, primer maquinista del *Baltasar Ballesta*.

Tenia lugar la escena anterior bajo el puente en una camarata, cuyo techo y paredes estaban forrados con planchas de hierro; comunicaba con el departamento de las máquinas; en medio de ella veíanse una pesada mesa de nogal y algunos taburetes, y servía como de lugar de descanso al primero y segundo maquinista en el desempeño de sus vigilantes funciones.

Daré algunos antecedentes que explicarán el suceso anterior.

Muchos días pasó la goleta española recorriendo aquellos mares y resistiendo las continuas borrascas que la combatían, hasta el momento en que fue avistada por Mr. Crósslow, cuando acababa de sufrir en sus esperanzas el más rudo de los golpes.

Dós días después, el 28 de Noviembre, las naves inglesas navegaban en dirección al O.; en pos de ellas, á su vista, siguiendo el mismo rumbo, manteniendo siempre igual distancia, surcaba las olas el *Baltasar Ballesta*. Esta especie de persecución traía inquieto, nervioso y casi fuera de sí al capitán inglés.

Dudas, temores, perplejidades simultáneos, asaltaban su imaginación; habia llegado hasta el punto preciso en que se interrumpia bruscamente en el mapa, de que era poseedor, el derrotero trazado por el holandés Van-der-Zaans; habia seguido después, encañado por singulares perspectivas de tierra, una falsa ruta, y vivamente contrariado por este suceso y por la presencia del buque español, abandonó el rumbo seguido hasta allí y puso la proa al O.

Propositase observar los movimientos de los que, por su exagerada anglofobia, juzgaba enemigos, seguir sus huellas, y cuando llegasen al mar libre forzar las máquinas de sus buques, oponer la astucia, la audacia, la fuerza si era preciso, y adelantándose á la nave española, arrebatarla todo el honor y la gloria de aquella empresa.

Pero burlando sus intenciones, que, como se ve, nada de generosas tenían, el *Baltasar Ballesta* torció también su rumbo navegando en pos de los buques ingleses.

Tal era la situación desde dos días ántes. Amenazadora, en verdad, se presentaba; creíanse en el porvenir inesperados accidentes y peripecias que no se podían prever.

IV.

El 28 de Noviembre ocurrió á bordo de la embarcación mallonquina en Algeciras un extraño acontecimiento.

Maese Pedro, como en otra ocasión dije, pasábase gran parte del día acurrado junto á los hornillos de las máquinas. Era las primeras horas de la tarde y el orangután, después de haber asistido al *maestro Pimentón* en sus inclinaciones quehaceres, dormitaba en el entrepuente al calor que de los encendidas fogones se escapaba, muy semejante al resacañal que en su

país se experimenta, cuando arrastrado al sopor que le embargaba un objeto brillante y reluciente.

Cerca de él se hallaba una pila de carbon de piedra y dos enormes palas, con las cuales echaban los fogoneros el combustible dentro de los hornos; en medio del carbon se encontraba el objeto que llamaba la atención del honrado *Maese Pedro*.

La innata curiosidad de los individuos de su especie hizole abalanzarse hácia aquel objeto.

Tenia forma cilíndrica, tres centímetros de diámetro y diez de extensión; el polvo de la hulla, tenazmente adherido á él por alguna sustancia mordiente, habíase caído en algunas partes, quizás por el roce del carbon, y dejaba ver una superficie metálica bruñida.

Afanosamente le cogió el orangután, y revolviéndole entre sus manos, cuando presentóse un fogonero á echar carbon en los hornillos.... Ocultó su hallazgo *Maese Pedro*, y dando saltos, corrió por la escalerilla que conducía al puente; ya en él, dirigióse hácia la entrada de la cámara; pero ántes de llegar á ella fue detenido por un marinero que se encontraba al paso.

Aquel hombre pugnó por apoderarse del objeto cilíndrico que entre sus manos llevaba el orangután. Afable se mostraba ésta con todos los marineros, y aun sufría pacientemente sus pesadas burlas; pero revolviase de vez en cuando si se le estigaba mucho ó tenía mal humor; entónces ni seis hombres podían hacerle frente.

En tal disposición de ánimo se encontraba en aquel instante *Maese Pedro*, así es, que dando un manotón al contraamaestre Tomás, que él era quien forcejeaba para arrancarle su presa, desasíose de él echándole á rodar por el suelo.

Ántes de que se pusiera de pié el contraamaestre, bajaba el cuadrumano de tres en tres los peldaños de la escalerilla de la cámara.

Sentados á la gran mesa que en el centro habia y tomando, concluido ya el almuerzo, una taza de aromático café, encontrábase D. Félix, su esposa, el doctor y el primer piloto del *Baltasar Ballesta*.

Acercóse *Maese Pedro* al capitán y le presentó el objeto de que se habia apoderado.

—¿Qué me traes?—exclamó D. Félix entre curioso y perplejo.—¡Ah!—añadió después.—Esto es un cartucho metálico.... ¿Contendrá alguna sustancia explosiva? ¿Qué idea tan terrible acude á mi imaginación!

Los asistentes á aquella escena miráronse poseídos del mayor asombro.

—Di—gritó el capitán Ballesta poniéndose de pié é interpellando á *Maese Pedro* con enérgicas frases y la más vehemente mimica;—di—reposo—¿dónde estaba esto? ¿en qué parte lo has tomado? ¿á quién se lo arrebataste? ¿Estaba abajo, en la sala? ¿en la máquina? Tiene adheridas partículas de carbon. ¿Le hullaste tal vez sobre cubierta? ¿á proa? ¿en el rancho?

Don Félix jadeaba; sus miradas ardientes clavábanse en los ojos de *Maese Pedro*, que en las nebulosidades de su inteligencia pugnaba por comprender.... La agitación de su ánimo, su enérgica expresión

las repetidas indicaciones que sobre aquel objeto metálico le hacía, iluminándole al fin; y exhalando entonces de su robusto tórax un grito ronco, gutural y golpeándose con la lengua manaza, hizo repetidos ademanes de abandonar la cámara y de que lo siguiesen.

No vaciló el capitán en hacerlo así; detrás de él salieron de la cámara su dulce esposa, D. Raimundo y el siempre activo doctor Poey.

Cundióles *Muese Pedro* al departamento de las máquinas, y señalando allí á la pila del carbon de piedra, dijo á entender con viva gesticulación, que en ella había encontrado el misterioso cartucho.

— ¡Ah! — exclamó el capitán Ballesta con dolorido acedto. — Perfectamente comprendo ahora que la catástrofe del *Algeiras* no ha sido casual! La explosión ocurrida en su máquina la ha producido una explosión semejante á ésta.

Abríase una vígurosa información sumaria sobre aquel suceso; pero las declaraciones de los maquinistas y de los fogoneros en nada pudieron esclarecerle; sin embargo, D. Félix creyó ver en ellas, aunque aparentó lo contrario, algunos indicios que podrían conducirle á encontrar la pista de aquel crimen, providencialmente frustrado.

La hulla se extraía de las carboneras según iba necesitándose, y al anontonar aquella mañana la pila á que luego referencía, nadie paró mientes en el cartucho, porque éste, en medio de los carbonas, cubierto de su negro polvillo, semejaba perfectamente un trozo de hulla.

El doctor Poey, adoptando ciertas precauciones, desahizó las envolturas del cartucho, y encontróle relleno de dinamita, en cantidad más que suficiente para que, arrojada á los hornillos, entre el carbon de una palstada, produjese una explosión terrible.

V.

Volvamos, lector mío, si en ello no encuentras inconveniente alguno, al preciso momento en que el capitán Ballesta reconfirmaba con sovera expresion y duras frases al contramaestre Tomás.

Constaba en el sumario, que en las primeras horas de aquel día el marinero á quien alude había bajado á la camarata que comunicaba con el departamento de las máquinas, á eclar un párrafo, como decirse suele, con el primer maquinista, de quien vendíase por muy amigo.

El capitán Ballesta propúsose vigilar á aquel hombre. Á este fin, y de acuerdo con el primer maquinista, en el cual tenía absoluta confianza, establecióse desde las máquinas á la cámara principal un hilo metálico que hacía sonar un timbre. Dicha cámara comunicábase también con la de los maquinistas por un pequeño pasadizo.

Ahora bien; en el día ántes citado, bajó el contramaestre, como otras veces hacía, á tomar una copa de jerez en compañía del honrado mallorquín, cuando éste, pretextando plausible motivo, salió de la camarata y subió al puente, no sin que primero hiciese sonar el timbre de la cámara.

Acudió presuroso D. Félix al pasadizo, y desde él,

envuelto en la sombra, pudo observar todos los movimientos del segundo contramaestre. Vió levantarse á poco, mirar á todos lados con aire de desconfianza, sacar de debajo de su chaqueton una cápsula semejante á la de que se había apoderado *Muese Pedro*, y aprovechando la distracción del segundo maquinista, ocupado en examinar algunas piezas de la máquina, introducir la suavemente en la pila de carbon.

El hecho criminal estaba consumado.

Cuando el contramaestre Tomás fué á penetrar de nuevo en la camarata, quedóse como petrificado en el diotel; tenía delante de sí al capitán y al primer maquinista.

Sonidos inarticulados escapáronse de la garganta del miserable, como si quisiera formular una protesta.

— No pretendas justificarte — exclamó D. Félix — allí, en aquel monton de hulla está el cuerpo del delito..... ¡Tú eres, infame, el autor de casi todos los extraños sucesos que de algún tiempo á la fecha ocurren á bordo!

— ¡Ah, perdón, capitán, perdón! — gritó al fin el desdichado, cayendo de rodillas.

— Pero tú — siguió diciendo Ballesta con abrumadora energía — ¡no estás solo, no! ¿Cuáles son tus cómplices? ¿De quién eres, infeliz, mercenario instrumentó?

— ¡Perdón, capitán!

— ¿Por qué causa, siempre locuaz y jactancioso, hacías alarde á todas las horas de tu incondicional adhesión á la casa de los Ballesta? ¿Por qué mentías tan villanamente?

— ¡Señor!... ¡señor!

— ¡Basta! Tan luego desembarquemos en Algeiras darás cuenta á los tribunales de tu incomprensible conducta.

Inmediato á la camarata había un pequeño cuarto, de 2 metros de extension y 1,50 de anchura, revestido interiormente de gruesas planchas de hierro; en él, bajo la más severa vigilancia, fué instalado el criminal contramaestre.

CAPÍTULO XI.

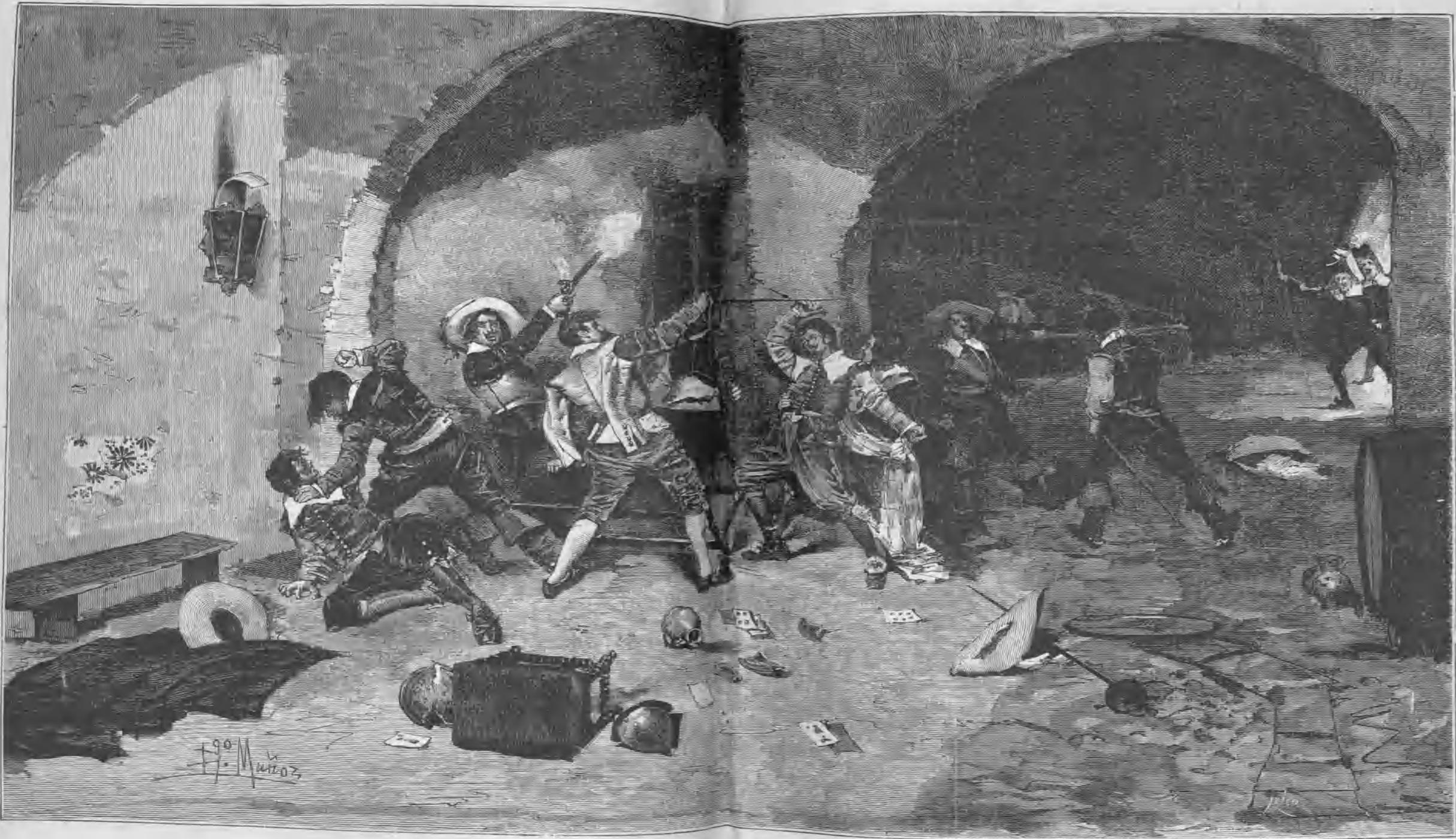
¿QUÉ INDICA LA ACTITUD DEL GUARDIAN? — INÚTILES PROPÓSITOS. — NUEVAS COMPLICACIONES Y PERIPECLAS.

I.

Las dudas, los recelos, las desconfianzas del capitán Ballesta, vetáanse al fin justificadas plenamente. Pero sólo había logrado apoderarse de uno de los misteriosos agentes de su eterno perseguidor; era, pues, verosímil que algunos más secretasen en las sombras sus fealdadidos propósitos.

¿Prestaríase el contramaestre á denunciar á sus cómplices y auxiliares? Creo, salvo error, que era él, á bordo de las embarcaciones españolas, el maligno espíritu de Mr. Crossbow encarnado en el cuerpo del contramaestre Tomás.

(Se continuará.)



90
M
MUNOZ

HOSTERÍA DE LA PAZ.
(DIBUJO DE DONDO MUNOZ.)

LA HOSTERÍA DE LA PAZ.

(CELEBRO DE DOMINGO MEROZ.)

Varios soldados, en traje del siglo XVII, de aquellos famosos tercios que pasearon la bandera española por Flándes y por Italia, reúnen en una hostería pública, al amor de algunas botellas, y de barajas y dados; entre los que ganan y los que pierden. Armase ruda disputa, celan mano á las espadas y á las pistolas; mas el ruido trascendió fuera, y á lo mejor se abre de golpe la angosta puerta del alumnado estableci-

miento, y aparecen varios corchetes, vara en mano, que gritan: — ¡Ténganse al Rey!

Tal es el asunto del cuadro, cuya reproducción ofrecemos á nuestros lectores, debido al pincel del conocido y célebre pintor Sr. Muñoz.

LA CRÍA DE AVESTRUCEZ

EN EL ÁFRICA MERIDIONAL.

Publicamos algunos grabados tomados de una se-



Fig. 1.—Una inspección en el parque de los avestruces.

rie de fotografías que nos parece ofrecen un interés muy particular. Hacen conocer una nueva industria practicada fructuosamente en el sur de África. Estas fotografías han sido tomadas en la posesión de Mr. A. Douglass, cerca de Grahamstown, siendo éste el fundador de la cría de avestruces, y hoy uno de los más ricos propietarios de la localidad. Hace diez años poseía este inteligente colono tres avestruces silvestres; más tarde consiguió de nuevo ocho. En cuando vio que ponían en estividad, empezó á experimentar la incubación artificial, sin que lograra resultados muy satisfactorios durante tres años; pero bien pronto, gracias á un incubador especial, se convirtieron en sorprendentes del todo, viendo Mr. Douglass luego al número 300 sus 11 avestruces primitivos. El aumento siguió sin cesar, y la cría de avestruces, que suplantaba sus plumas, ha venido á ser, después de la lana y los diamantes, la fuente más importante de riquezas del África del Sur.

Mister Douglass es, entre los criadores de avestruces, uno de los que han tenido más éxito, y el primero que ha operado en gran escala. Ha sido privilegiado por la invención de un aparato que empolla

el huevo, ó sea el incubador, adoptado en el día por todos los productores de plumas de avestruces. Mister Douglass ocupa en el distrito cerca de 4,800 hectáreas de un terreno escabroso, destinado anteriormente á la cría de la raza ovina. Todo alrededor de la comarca era recorrido no hace mucho tiempo por manadas de carneros; pero parece que tenían un estío ingrato por el cambio de hierbas, hasta el punto que éstas no podían ser por más tiempo utilizadas por la raza ovina, pero pueden alimentar á los avestruces en buenas condiciones.

En este establecimiento existen cerca de 300 de estas aves, que, tanto adultas como pequeñas, valen por término medio 30 libras esterlinas (720 pesetas) cada una. Todo avestruz en edad de ser desplumado produce dos recortes de plumas por año, que hacen un valor de 15 libras esterlinas (360 pesetas). Los avestruces se alimentan ellos mismos, excepto cuando son muy jóvenes ó están enfermos, y viven del follaje de los bosques ó de las hierbas de la comarca. La hacienda está dividida por cercas ó vallados en compartimientos que contienen cada uno, además de los pequeños, un macho y una hembra. Los jóvenes, inco-

pues de reproducirse hasta la edad de tres años cumplidos, forman manadas de 30 á 40 cabezas cada una.

Un establecimiento de cría de avestruces no puede dar grandes resultados sin incubador. Los avestruces se estropean las plumas al echarse, y cada empollamiento exige un espacio de dos meses.

El incubador es una mesa con compartimientos, sostenida por cuatro pies; esta mesa es de poca altura, está gruesamente sostenida con tablas de abeto, y tiene de ocho á nueve pies de largo.

En cada extremidad están las cajas donde se depositan los huevos envueltos en franela, en donde permanecen seis semanas.

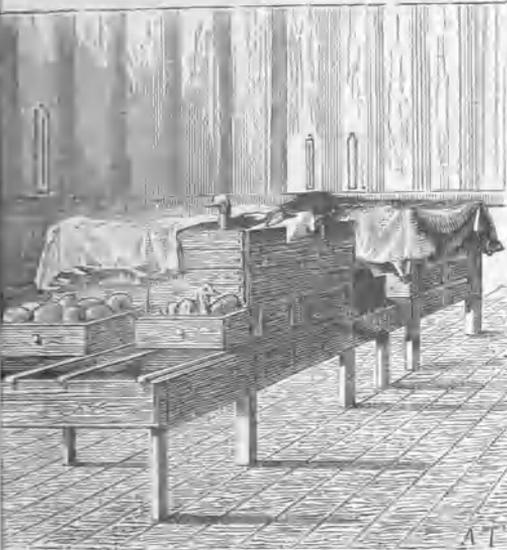


Fig. 1.—La sala de incubación.

la Naturaleza, lo cual exige explicaciones previas. Llegado el momento en que el pollo rompe el cascarrón, el criador debe hacerse comadrón y ayudarle desfogadamente á abrir su cascarrón, lo cual se hace con instrumentos *ad hoc*. Cuando ha terminado sus operaciones de obstetricia, es necesario que se convierta en maestra de la pollada, que permanece muchos días sin poder hacer ni alimentarse por sí sola. Los avestruces son desplumados antes de cumplir un año de edad, y por consiguiente, hasta entonces nadie puede decir en qué momento puede practicarse esta operación sin comprometer su existencia. Se han visto avestruces que han tenido plumas durante diez y seis años, no perdiendo nada de su plumaje. Llegada la época del desplume, se cogen los avestruces que han de sufrir la operación, y se los barta con maíz, después de extraerlos á un cercado, adonde siguen á todo hombre que ven provisto de estas golosinas. Cuando el vallado está lleno, se cierra la entrada por medio de una puerta movable que estrecha á los avestruces en grupos y les impide oponer la menor resistencia. Se les estrecha bajo el punto de vista de que no pue-

El conjunto de operaciones exige, además de cuidados asiduos, una destreza particular.

El avestruz, en su estado libre, vuelve á menudeo sus huevos para que éstos sean calentados igualmente por todos lados; es necesario, por lo tanto, que el criador de avestruces vuelva periódicamente los huevos unas tres veces al día.

Es necesario también cierto grado de humedad igual al que produce el avestruz al echarse sobre los huevos, debiendo ser moderado según las circunstancias, porque la yema del huevo se contrae y se asfixia el polluelo.

Es necesario imitar escrupulosamente el método de



Fig. 2.—Excolatación artificial.

dan desplegar las alas ni abalanzarse á uno con la violencia que despliegan contra sus enemigos. Entónces se introducen los hombres entre sus filas, los agarran por las alas y arrancan ó cortan las plumas que se descan. Las dos operaciones se efectúan indiferentemente, pero la primera es la más provechosa. Cuando la pluma ha sido arrancada, pesa más que cuando se la corta; por otra parte, la riza brota así con más vida, no pudiendo ser regenerado por la Naturaleza el muñón que queda de la pluma cortada. Parece que la operación no es muy dolorosa al avestruz, que efectivamente parece que no padece mucho. Las plumas son escogidas con cuidado y distribuidas en secciones; las que provienen de la parte inferior del ala son las más preciosas y se venden á 25 libras esterlinas (500 pesetas) la libra.

La figura 1 representa la inspección de los avestruces, que se efectúa en los vastos cercados donde circulan con libertad, á los cuales damos el aspecto de 12.000 hectáreas de superficie, y encierran 240 avestruces.

Se les visita una vez por semana, estando confiada

la operación á dos jinetes armados de largas ramas espesas para alejar los avestruces que son bravos y dan coces peligrosos; uno de los jinetes lleva un saco

de maíz con el que los atrae al cercado donde debe hacerse el recuento.

La figura 2 nos muestra la sala de incubación; es

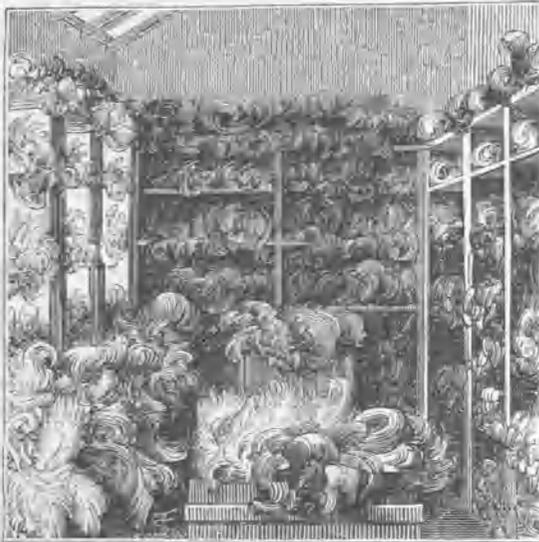


Fig. 1.—La sala de las piumas.

ella funcionan muchos incubadores al mismo tiempo; podemos ver en uno de ellos un polluelo saliendo de su cascarón rojo. En la cúspide del aparato está el



Fig. 5.—Coolie, alimentando á los avestruces pequeños.

dérmisario de los avestruces, durmiendo todos cubiertos.

La figura 3 representa un operador ayudando



Fig. 6.—Avestruz incubando.

un joven avestruz á salir del cascarón. Por medio de ciertos signos descubiertos por Mr. Douglass, puede decirse cu loes precisa cuando el ave está en dispo-



Fig. 7.—Desahucamiento de un niño.

sición de salir de su envoltura; pero sucede á menudo que el joven avestruz no puede hacerlo, muriendo en este caso si no se viene en su ayuda.

La figura 4 nos muestra el interior de la sala de plumas. Los avestruces son desplumados dos veces por año, es decir, que se les arranca la cola y la primera de las plumas largas del ala, que son las únicas blancas, y la décima larga del ala, que es la sola negra. No se arrancan otras plumas a dicha ave. Es en esa sala donde se clasifican las plumas según sus cualidades; se las lía en mazos y se meten en cajas empuestas a ser embarcadas para Londres.

La figura 5 representa un joven caudillo encargado de alimentar cierto número de avestruces.

Es necesario decir que cada treinta de avestruces tiene un hombre á quien incumbe el cuidado de guiarlos desde la salida hasta la postura del sol por los campos de alfalfa; óste los corta para ellos, rompe los huesos y los provee de casajo, de arena y de agua, de modo que ellos son muy adictos á su padroñero.

La figura 6 muestra un avestruz echado sobre el nido; en el estado de plena libertad, la hembra cubre los huevos, y el macho durante la noche, á excepción de cuando el tiempo es lluvioso; en este caso el macho las cubre día y noche, no atreviéndose sin duda á cambiar en su compañía.

La figura 7 representa el descubrimiento de un nido. Es cosa muy difícil hallar los nidos; el ave se iría al ser sorprendida y amedrentada, y si es un macho el que incuba, puede fácilmente poner en fuga á hombres y caballos, amedrentados con sus furiosas voces (1).

LA MÁQUINA AMERICANA DE ESCRIBIR.

La máquina de coser nació en los Estados-Unidos. También en América, país de las sorpresas de la mecánica, acaba de nacer la máquina de escribir.

Esta máquina, tan notable por la sencillez de su mecanismo como por la facilidad y rapidez con que se maneja, está llamada ciertamente á obtener entre nosotros el éxito que ya ha alcanzado en los diversos Estados de la Unión.

Ha sido construída por Mr. Remington, el conocido ingeniero americano á quien se debe el fusil que lleva su nombre.

Se construye en la gran fábrica que este hábil inventor ha organizado para hacer fusiles y máquinas de coser.

La nueva máquina de escribir contiene un teclado cuya disposición se representa en la figura adjunta.

Cinuenta y cuatro teclas hay en él, y en ellas están claramente grabadas: primero, las cifras desde el 2 al 9, pues la 1 y la 0 sustituyen al 1 y al 0; segundo, las letras del alfabeto dispuestas en un orden combinado para facilitar el manejo del aparato; tercero, los acentos agudo, grave y circunflejo, el signo de interrogación, la diéresis, el apóstrofo y la cejilla.

En la parte inferior del teclado hay una regla de

madera, en la cual se ha de golpear para que haya separación entre la palabras.

En el interior del aparato, cada letra que ha de imprimirse en el papel está soldada al extremo de un martillito metálico.

Los cuarenta y cuatro martillos, que corresponden por medio de barras y palancas articuladas á las cuarenta y cuatro teclas del teclado, están dispuestos al rededor de la circunferencia de un mismo círculo.

Si se pone el dedo, por ejemplo, en la tecla A del teclado, el martillo interior que lleva la letra A se levanta, y la letra se eleva hasta el centro del círculo.

Por razon de su disposición circular, todas las letras son llevadas, mediante el contacto de sus teclas correspondientes, al centro del círculo, esto es, á un mismo punto.

El papel en que se quiere escribir está colocado, como nuestro grabado indica, al rededor de un cilindro montado sobre una especie de carrito, *chariot*, que se ve en la parte superior del aparato.

Levantada la letra por la ligera presión del dedo en la tecla correspondiente, viene á golpear en el papel que está puesto en el cilindro; pero entre la letra y el papel hay interpuesta una cinta empapada en una tinta especial. La letra, que está en relieve como los caracteres tipográficos, funciona á la manera de una cuña y se imprime, pues al causar la presión de la cinta sobre el papel, lo hace siguiendo su propio relieve.

El carrito que lleva el papel está montado en ruedecillas que se deslizan por ranuras, y por medio de un cordelito tiende siempre á ser llevado de derecha á izquierda, bajo la influencia de un resorte que lo gobierna. Si permanece inmóvil, es porque le detiene una cuña metida en una muesca adaptada á su parte posterior.

En el momento en que una letra se imprime, la muesca se suelta; el carrito, solicitado por el resorte, se mueve de derecha á izquierda, en un pequeño espacio, igual precisamente á la anchura de una letra. La letra siguiente puede venir, por tanto, á imprimirse al lado de la que acaba de levantarse; todas las letras están soldadas de tal modo, que su eje está orientado hácia el centro común á que son llevadas, y se imprimen sucesivamente unas al lado de otras. El carrito que lleva el papel cambia de lugar á medida que se tocan é imprimen. Cuando llega al fin de su carrera, esto es, cuando está terminada la línea, se oye un timbre que se le advierte al manipulador.

Este bajo entónces una palanca colocada á la derecha del aparato, la cual por medio de una cuerdecita hace resbalar en una ranura al carrito y lo lleva á su posición primitiva á la derecha del sistema. Durante el trayecto, que se recorre rápidamente, y gracias á un mecanismo muy sencillo, el cilindro recibe un movimiento de rotación, gira sobre su eje con el papel que sostiene, y su superficie cambia de lugar en una longitud igual á la que debe separar una línea de la siguiente.

En resumen: la operación consistió en tocar con los

(1) Descripcón de *Les Vigues dans l'Afrique méridionale*, de Mr. Anstey, *Explains*, y *The Illustrated London News*.

dedos, usando las dos manos á la vez, las teclas cuyas letras correspondientes se desean imprimir sucesivamente.

De palabra á palabra hay que dar un golpe en la

regla inferior del teclado, que deja en blanco en el papel el intervalo que á aquéllas separa.

En cuanto suena el timbre hay que bajar la palanca colocada á la derecha del aparato. Si la palanca

ANTAÑO.



—Tráigase usted también copas de Andaya,
y añice ese velon cuando se vaya.

que se está escribiendo entonces no se ha terminado, se puede trazar todavía una ó dos letras para concluirlo, ó si es demasiado larga poner el dedo en el guion, que permite continuarla en la línea siguiente.

El papel en que se escribe no puede exceder en anchura á la altura del cilindro que le lleva, pero puede ser menos ancho que éste; así es que un sobre, una tarjeta postal se colocan muy bien al rededor del cilindro, gracias á una pieza metálica que le sirve de

guía. Si la anchura del papel está reducida á estos límites, la longitud no, pues lo escrito puede imprimirse en un papel sin fin.

El cilindro del carrito está hecho de una pasta de gutapercha, bastante dura, que facilita la buena impresión de las letras.

Es necesario ahora, para completar esta descripción, hablar del mecanismo que concierne á la cinta empapada en tinta.

Esta cinta que, como hemos dicho, está colocada

debajo del papel y contra la cual viene á dar la letra levantada por la tecla, sigue el carrito en su movimiento, y se desarrolla constantemente de tal modo, que dos letras sucesivas no le hieren en el mismo punto.

Desarrollándose así, la cinta pasa desde el tintero

de la derecha á otro igual que hay á la izquierda. Cuando se ha desarrollado completamente, basta cambiar la disposición de un tornillo para obligarla á caminar en sentido inverso, es decir, para hacerla pasar del tintero de la derecha al de la izquierda.

El desarrollo de la cinta en su movimiento alter-

OGAÑO.



—Chico, ¿qué viene aquí?—Café, señores.
—Trae tres brevas despues, de las mejores.

nado de derecha á izquierda, y de izquierda á derecha, puede, de cierto modo, verificarse indefinidamente.

La impresion se hace con tinta de copiar, pudiéndose sacar dos ó tres ejemplares de la página escrita, en la preisa de copiar.

Delante del aparato hay una escala graduada, á lo largo de la cual se desliza el carrito; sirve para hacer puntos de descanso al hubiera que hacer columnas de números, etc.

La escritura trazada por esta ingeniosa máquina

es análoga á la que se obtiene en tipografía con las letras llamadas *versales*. Hemos conseguido escribir por medio de este aparato con claridad análoga á la de la impresion, y con una velocidad igual á la de la pluma.

Para escribir deprisa con la máquina hay que ejercitarse con mucha paciencia, durante algunos dias, en conocer bien el teclado, para no tener que buscar las letras, lo cual constituye la mayor dificultad del aparato.



MÁQUINA PARA ESCRIBIR.

Al cabo de dos ó tres días de trabajo, se empieza á manejar el aparato sin dificultad; quince días bastan para llegar á escribir con la velocidad ordinaria de la pluma. Finalmente, despues de un ejercicio mayor, se excede con mucho esta velocidad.

He visto una señorita inglesa que llegó á trazar con estas máquinas más de noventa palabras por minuto.

Si el lector quiere experimentar, puede estar seguro de que con la pluma no es posible escribir, de modo que se entienda, más de cuarenta palabras en dicho tiempo.

La máquina de escribir ofrece, pues, la ventaja de que se puede ganar mucho tiempo en lo que concierne al mecánico material de la escritura. Su uso no tardará en generalizarse en las oficinas y administraciones.

Es además utilísima para las personas que tienen la letra fea ó poco legible y para las que padecen el calambre de los escritores.

Es, por último, un verdadero beneficio para los ciegos, que llegan muy pronto á manejarla, como lo han probado ya numerosos ejemplares en Inglaterra y los Estados Unidos.

GASTON TISSANDIER.

Solución al jeroglífico del número anterior.

Las letras y las armas dan nobleza,
Conservan el valor y la riqueza.

CHARADA.

Es la *primera* sílaba
Asustadiza y ruin,
Tercera presta alivio,
Segunda hace feliz,
Y en este instante, *el todo*
Me sirve al escribir.

La solución en el número próximo.

SUMARIO.

GRABADOS.—Hostería de la Paz, cuadro de Muñoz.—La cota de avestruces.—Antaño y ogaño.—Máquina de escribir.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.
TEXTO.—Keraban el Testarudo, por Julio Verne.—El Tigre blanco, Luis Bousenard.—Sin familia, Hector Malot.—Ingleses y españoles en el Polo Sur, Moreno Fuentes.—Hostería de la Paz, cuadro de Muñoz.—Cria de avestruces.—Máquina de escribir.—Solución al jeroglífico.—Clarada.

MADRID, 1884.—Est. Tip. de los Sucesores de Rivadeneyra,
IMPRESORES DE LA REAL CASA.